



“CONSUMISMO Y SUBJETIVIDAD”: Un estudio bibliográfico acerca de las lógicas que gobiernan los discursos del capitalismo y de las posiciones subjetivas bulimia - anorexia”

Tesis de grado

Tutor: Gómez Alonso, Raúl Edgardo

Tesista: Sáenz, Ignacio

Título de Grado: Licenciado en Psicología

Facultad: Universidad Abierta Interamericana

AGRADECIMIENTOS

Desde el inicio de este trabajo muchas personas se han comprometido de alguna u otra manera para que éste sea lo que es y haya visto por fin hoy la luz. Por ello quiero agradecer a:

- Mi tutor Metodológico, Raúl Gómez Alonso, quien me guió durante el transcurso del trabajo, por la confianza, por el impulso y por sus innumerables consejos en el plano académico;

- Mi tutor Disciplinar, Alicia Guidi, por su incondicional dedicación e interés, por sus aportes y su ayuda profesional y su valiosa contribución para poder concluir con este trabajo.

- Mi profesor de Tesis, Ignacio Saenz, por su preocupación para con sus alumnos.

- Mi novio, por acompañarme en todo momento, en el día a día, por alentarme a cumplir mis sueños, por su gran amor y por las risas y consejos oportunos; y sobre todo por soportar la diferencias.

- Mi familia, por alentarme a seguir adelante en los momentos más difíciles, por su confianza en mis recursos, por sus consejos tan alentadores y útiles que siempre quedaran en mi memoria; y especialmente por estar.

- Mi analista, que me acompañó en este proceso de formación académica y me ayudo a comprender que todo es posible cuando hay algo que nos causa...

- La UAI, porque me brindo la posibilidad de elegir mi posición teórica gracias a la apertura de contenidos académicos.

A todas estas personas, y a la institución, mi más sincero y profundo agradecimiento.

INDICE

INTRODUCCIÓN	4
Formulación del Problema	5
Objetivos del Trabajo	7
MARCO TEÓRICO	8
<u>a) Capitalismo</u>	
La sociedad de consumo	9
Trabajo y organización social.....	10
Sociedad e ideología.....	12
Produccion y consumo.....	14
El despilfarro y las falsas necesidades	16
La planificacion del consumo.....	17
Nuevos mercados	18
La publicidad: entre el arte y la persuacion	19
La erotizacion.....	21
Persuacion invisible	22
Los ideales	24
Mundos imaginarios	25
<u>b) Consecuencias subjetivas</u>	
Anorexia y bulimia: padeceres de este siglo	27
“El malestar en la cultura”	29
Lo lleno y lo vacio: la pasion por el todo	33
La madre cocodrilo	42
El goce de la imagen.....	44
El estrago anorexico	46
Circuito del goce y circuito del deseo	48
Algunas observaciones sobre anorexia en Freud.....	51
Anorexia-bulimia y discurso capitalista	55
METODOLOGIA	57
ANALISIS DE LOS DATOS	59
a) consumismo capitalismo	
b) bulimia y anorexia	
REFLEXIONES FINALES	63
BIBLIOGRAFIA	65

INTRODUCCIÓN

Formulación del Problema

La bulimia y anorexia, en tanto manifestaciones subjetivas ¿son respuesta a la demanda del discurso de consumo en la exigencia de la perfección del cuerpo?

Una de las condiciones típicas de la sociedad de consumo es la conversión de todo lo consumido en moda. La moda es un fenómeno social que implica una manera de comportamiento de personalidades superiores; en el caso de las sociedades unitarias (nación o grupo), de la elite dominante.

Este comportamiento externo, o revestimiento (o, más concretamente, vestido) es imitado a cierto ritmo por clases que, estando en situación inferior, intentan representar un papel superior o ser identificadas con las clases superiores; el mimetismo se amplía en círculos concéntricos hasta llegar a los sectores sociales más alejados del centro a imitar; cuando llega a ellos, el centro dominante cambia su imagen para evitar la confusión, y el ciclo comienza a repetirse.

Una cierta forma de consumo de objetos domésticos se produce así de manera imitativa y por no perder el status social (o conquistarlo) que se cree o se aspira a tener, y resulta ser uno de los principales estímulos para adquirir o renovar.

Es curioso que este fenómeno, al reflejarse en la moda propiamente dicha, en la moda del vestir y especialmente en la femenina, se haya resuelto con el caos y la proliferación en lugar de con la uniformidad. Este era el fenómeno antiguo, de antes de las sociedades de consumo, cuando una innovación de la moda se reproducía hasta el agotamiento.

En plena sociedad de consumo, de carácter imitativo, las nuevas formas se lanzan antes de haber sido agotadas las anteriores y se superponen a ellas sin destruirlas: coexisten y evolucionan simultáneamente, siempre en beneficio de los centros productores como es la norma del consumismo.

Si en tiempos anteriores a la sociedad de consumo todas las mujeres utilizaban falda larga, en el tiempo del consumo la falda larga, media y corta y minifalda sobreviven y coexisten con el pantalón, el cual evoluciona en ancho, estrecho, corto, largo, etc. Todo ello obliga a una ampliación del vestuario, de la ropa a usar en cada día, y requiere mayor atención y mayor inversión económica por quienes pretenden estar “a la moda”, incluso siendo estas modas diversas y simultáneas.

La impresión de diversidad a cualquier hora y cualquier día en cualquier ciudad es considerable. Sin embargo, esta situación produce al mismo tiempo una especie de malestar difuso y difícil de especificar: esa diversidad aparente deja una impresión de falsedad y, como siempre que se toca el fondo del consumismo, de sustitución de algo que debía ser real por algo que no es más que un sucedáneo.

La autocolonización es una especie de mimetismo por el que la imitación de ciertos hábitos (trajes, costumbres, lenguaje, manera de andar, comida, gestos, etc.) hace suponer que se tiene acceso a las mismas formas de poder de quienes se comportan así.

Es decir, el mismo fenómeno de la moda, pero trasladado a pueblos enteros con respecto a pueblos enteros, o razas con respecto a razas. Es una forma de la antropofagia ritual (los pueblos que devoraban héroes o reyes, o enemigos poderosos, para recibir por vía digestiva, por la asimilación más visible que puede darse, parte de su valor o de su poder), que trata de alimentarse con el huidizo alimento de las formas visibles.

La sociedad de consumo tiene como origen la modificación continua de las formas de civilización considerada como superior para la ampliación de mercados.

En los países subdesarrollados, las clases o los individuos que pretenden desgajarse de un contexto frustrado o derrotado se apresuraran a adoptar las formas de vestir o de comportarse de aquellos que, precisamente, han sido expulsados de sus

territorios en las guerras de independencia, o querrán rodearse de sus mismos atributos de poder (electrodomésticos, automóviles, etc.) para dejar de estar identificados con el contexto nacional o racial al que pertenecen y huir así de su frustración.

Según Bejila R. Goldman (1996) no nos alcanza pensar que bulimia-anorexia se deba a “que se copian, que quieren tener cuerpos de modelos”, según el decir popular, sino pensamos que incluso, que queriendo tener todos cuerpos iguales, se debe a que un Amo llamado “mercado de consumo” intenta masificar el goce, borrar las diferencias el paso del tiempo. La ciencia de hoy es una ciencia que no da margen a lo que no se sabe. Es la pasión por el todo, la perfección total; y en esta perfección total queda incluido también el sujeto. No hay espacio para los sueños y los deseos. No hay lugar para la diferencia. No hay inclusión para el concepto de muerte que la vida lleva en ella. Borrar lo que no se sabe, es intentar no saber de la castración, siendo la pasión por el todo su máxima expresión.

Y pareciera que en esta era post-moderna, todos los “objetos” de estos Amos deben ser iguales: jóvenes, flacos, sin que se den a ver los signos del paso del tiempo. La ciencia es la que quiere borrar el hecho de que hay muerte, y el que padece sus efectos es el sujeto, no tan solo una masa amorfa de carne y órganos.

Se incrementa el soñar despiertos, “Light”, sin hacer que lo real, la pesadilla, el infierno del hombre, sea su guardián, para que el hastío no sea su morada. Este, el aburrimiento, la falta de deseo, lo empuja a la máxima e incondicional servidumbre a un Amo insaciable, que lo empacha con sus desechos, amen de que lo aterroriza con sus inventos: bombas atómicas, bebes embotellados, cuerpos que deben ser eternamente jóvenes.

Esta pérdida de la pasión por el saber y su sustitución por los aparatos modernos, auditivos puntúa Heidegger, empujan a la imbecilidad del sujeto. El empuje a “lo Ser”, es a ser un objeto, una cosa, un desecho.

Estamos asistiendo a un mundo atrapado por la imagen y los medios masivos que nos ensordecen con sus ruidos y matan lo particular del deseo, que a partir del psicoanálisis sabemos que es en el uno por uno.

La situación actual del sujeto es que esta inserto en este mundo capitalista, en donde es invadido diariamente por infinidad de ofertas cuyo fin es consumir y consumir más: desde mercancías hasta comportamientos e ideologías. Hay un lenguaje de consumo donde hay que descubrir lo que se esconde en su propio mecanismo

Podríamos decir que las conquistas técnicas y científicas, impensables hace tan solo uno años, nos han traído unos logros evidentes: la revolución informática, los avances de la ciencia en sus diversos aspectos, la preocupación operativa sobre los derechos humanos, la democratización de tantos países, etc. Pero frente a todo ello hay que poner sobre el tapete aspectos de la realidad que muestran la otra cara de la moneda: nuevas presiones para el hombre, con otro ropaje y semblantes bien diversos.

Por todo lo antedicho este trabajo se orienta a responder al siguiente interrogante:

¿se evidencia la misma lógica en los discursos del capitalismo y de las posiciones subjetivas bulimia – anorexia?

Objetivos del Trabajo

Objetivos Generales

Describir los mecanismos que subyacen en los discursos del capitalismo (como expresión de la sociedad de consumo) y de las posiciones subjetivas bulimia – anorexia, masificando y borrando diferencias

Objetivos Específicos

- Analizar e inferir cómo el sujeto es afectado en su subjetividad a raíz de las demandas y presiones consumistas del mercado capitalista.
- Caracterizar la bulimia y la anorexia como las dos modalidades del padecimiento subjetivo como consecuencia del discurso de la época.

MARCO TEÓRICO

LA SOCIEDAD DE CONSUMO

- mecanismos que subyacen en los discursos del capitalismo y de las posiciones subjetivas bulimia – anorexia, masificando y borrando diferencias

Al respecto el autor

- afectación en la subjetividad a raíz de las demandas y presiones del mercado capitalista.

- bulimia y la anorexia como las dos modalidades del padecimiento subjetivo como consecuencia del discurso de la época.

Una de las características de nuestro tiempo es la reflexión sobre la propia sociedad humana. La forma más desarrollada del sistema capitalista en los países occidentales; Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, ha dado lugar a que se acuñara la expresión “Sociedad de consumo” para caracterizarla.

Este término alude a un tipo de realidad cuyos rasgos inmediatamente visibles son el gran incremento que se ha logrado en la producción de bienes materiales, consecuencia de la introducción frecuente de innovaciones tecnológicas que sorprenden a la mayoría de los contemporáneos.

La elevación del nivel de vida de gran parte de la población en estos países y la generalización en el consumo de nuevos productos es otro de los rasgos habitualmente atribuidos a este tipo de sociedades. Estas ofrecen una apariencia de libertad, fundada en el logro de una vieja aspiración de los hombres, la satisfacción de las necesidades humanas primarias, que oculta tras la exhibición de sus logros en que medida se ha convertido en un modelo de estancamiento, en una vía desviada para el logro de un sistema de libertad total y plena.

La creación de falsas necesidades y el adormecimiento de la conciencia crítica a través de la satisfacción de las necesidades económicas aparecerán como los mecanismos principales que oscurecen a sus miembros lo que significa la sociedad de consumo, como sociedad capitalista que mantiene el régimen de trabajo asalariado (lo que equivale decir también trabajo compulsivo y jornada prolongada) en contradicción con lo que el uso pleno de las fuerzas productivas posible en un régimen socializado podría ofrecer: reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario a favor del uso del tiempo libre, que se convertiría en ampliamente predominante, como centro de una actividad creadora y desalineada.

El Estado, a través de su intervención directa en la economía y a través de sus aparatos ideológicos, principalmente la escuela (que difunde los principios con que se orienta esa sociedad) serán los instrumentos con que las clases en el poder procuraran garantizar las condiciones de mantenimiento del sistema.

En consecuencia, las sociedades de consumo no se nos aparecerán como el resultado inevitable del progreso humano, sino que esta descrito como un sistema de relaciones de producción basado en la propiedad privada, que procura prolongar su vigencia por medio de la acción planificada de los instrumentos de poder.¹

¹ C. Isidoro (1971). *La sociedad de Consumo*. Revista transformaciones, n° 18; Centro editor para América Latina.

TRABAJO Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

Si buscamos un sentido legítimo en la historia de la humanidad lo encontraremos, más allá de las diversas formas que las sociedades han adoptado, en la acción reguladora y constitutiva de lo humano: la actividad productiva, el proceso social de trabajo. Con razón afirma Marx en “La ideología Alemana”: “El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es este un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace mil años necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres. Y aun cuando la vida de los sentidos se reduzca al mínimo, a lo mas elemental... este mínimo presupondrá siempre, necesariamente la actividad de la producción. Por consiguiente lo primero, en toda concepción histórica, es observar este hecho en toda su significación y colocarlo en el lugar que le corresponde.

La producción de la vida, tanto la propia en el trabajo, como la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación, de una parte como una relación natural, y de otra como una relación social: social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin”.

Cierta noción de progreso histórico esta asociada a la forma en que los hombres se organizan para transformar el medio natural en su provecho. En las sociedades históricas que precedieron a las contemporáneas, y aun en la mayoría de las actualmente existentes, asegurar las condiciones de subsistencia de la población era un objetivo que conllevaba gran parte de la vida útil de los hombres como productores, sin que por ello la mayoría de la población pudiera disponer de medios de consumo que excedieran las exigencias de la subsistencia biológica, amenazada permanentemente por el hambre y las epidemias. Incluso el ritmo escaso de crecimiento de la población mundial, los elevados índices de mortalidad y el promedio de vida relativamente breve constituyen exponentes de las limitaciones con que el hombre controló durante mucho tiempo su relación con el medio natural.

Cuando se habla de una real o mítica sociedad de consumo, caracterizada por la plena abundancia de bienes materiales, casi inmediatamente se tiende a pensar en el logro de la gran Utopía: se habría arribado por fin al momento en que la causa principal de los padecimientos del hombre pertenecería al pasado. Y esto es así porque habitualmente se admite que el obstáculo principal para la plena realización del hombre reside en la limitación de los bienes materiales existentes y en la forma en que estos son distribuidos.

Sociedad de consumo puede sonarnos casi inconscientemente como sociedad de hombres libres. Pero precisamente las llamadas “sociedades de consumo”, a la vez que presentan la posibilidad de que por primera vez el hombre pueda convertirse en miembro de una sociedad libre, presentan por el contrario una forma nueva y poderosa de sometimiento entre los hombres y los países.

Las inmensas posibilidades de una sociedad altamente productora (aunque no necesariamente productiva) están encaminadas a mantener las condiciones sociales de dominación. Para ello necesitan ser sociedades de despilfarro, en donde esta característica se convierte en la sostenedora de un sistema en el cual la propiedad

privada de los medios de producción sociales, el mantenimiento del régimen de trabajo asalariado con una jornada de trabajo prolongada, son condiciones imprescindibles para el mantenimiento de un sistema de relaciones sociales, de poder, que garantiza el dominio de una clase social por sobre el conjunto de las clases nativas y de los países dependientes de ese sistema de explotación.

La existencia de una clase dominadora del poder político y de la propiedad de los medios de producción aparece como la herencia de la mayoría de las formaciones sociales previamente existentes, ya que todas estas estaban caracterizadas por la apropiación que un grupo social minoritario hacia del excedente económico producido por las clases mayoritarias pero dominadas.

Las diversas formas de organización de los hombres en sociedades divididas en clases dieron lugar a una contradicción entre los grupos dominantes que usufructuaban la riqueza o el excedente económico generado por la totalidad de la sociedad y los trabajadores directos. Estos, en las sociedades precapitalistas y en las primeras fases del capitalismo, realizan predominantemente tareas manuales. Los grupos privilegiados, en cambio, son los elaboradores de los conocimientos científicos, de las distintas concepciones ideológicas y de los comportamientos políticos de cada época o país, mientras los productores directos son obligados a actuar como pasivos receptores de esas creaciones ajenas. A los productores directos muchas veces les es ajena incluso la planificación del proceso de producción.

En las sociedades esclavistas no solo los objetos naturales (tierras o bosques), las materias primas y las herramientas o instrumentos de producción son propiedad de las clases dominantes sino la misma fuerza de trabajo. Así, los esclavos aparecen como un elemento técnico del proceso de trabajo, considerados como cosas equiparables a la tierra o los arados, y por eso mismo, objetos de propiedad.

En las sociedades feudales, ya que el trabajador posee o usa a su arbitrio algunos medios de producción es necesaria la presencia de coerción extraeconómica para garantizar la apropiación del excedente económico. Ese papel estaba asegurado por el poder político con que era investido el señor feudal. Ya que de ello dependía para su propia subsistencia, el ciervo de la gleba garantizaba las mejores condiciones posibles de productividad. Parte de lo producido era propiedad del señor feudal y el resto era de uso del productor.

SOCIEDAD E IDEOLOGIA

El sistema capitalista de producción, del cual las “sociedades de consumo” serian su forma mas desarrollada y distorsionada, tiene como condición constitutiva la “separación del trabajador de sus condiciones naturales de trabajo”; es el primer modo de producción donde los productores son escindidos de los medios de producción ya que no solo no tienen su propiedad sino tampoco su uso (posesión). La gran masa de desposeídos de los medios de producción, que a la vez que gozan de libertad personal, se ven obligados a vender su propia capacidad de trabajo en el mercado con lo que procuran asegurar su subsistencia.

La retribución a la venta de la fuerza de trabajo que reviste la forma del salario, corresponde al equivalente del mantenimiento de esa fuerza de trabajo en condiciones aptas para continuar produciendo y reproducirse.

Como la satisfacción de las necesidades de los trabajadores representa un monto de riqueza (bienes o valores de uso) menor que el que ellos mismos producen, esta diferencia es apropiada como excedente por los propietarios de los medios de producción. Los hombres necesitan tener una representación global de la realidad, hacerla inteligible. A esta representación que cohesiona al individuo con sus papeles, sus funciones y sus relaciones sociales, la llamaremos ideología. En este sentido la presencia de la ideología se da en todo acto de comunicación: lo ideológico constituye una dimensión siempre presente en los mensajes, y esto es así en tanto hay una distancia irreductible entre lo real y su conocimiento. La realidad no es directamente visible. En los fenómenos lo visible aparece como una manera de manifestarse lo real, manera que a veces invierte los rasgos de esa realidad.

En el sistema capitalista la propia estructura productiva y de distribución supone como apariencia que el salario retribuye el trabajo, es decir que equivale a los productos elaborados por el trabajador en su jornada de trabajo. Esto es así porque desde el punto de vista de las leyes de funcionamiento del mercado capitalista, la fuerza de trabajo (la realización de trabajo durante un lapso determinado) se intercambia por su valor como cualquier otra mercancía. El valor de la fuerza de trabajo es entonces el equivalente del valor de las mercancías que el trabajador debe consumir para subsistir, y en este sentido el intercambio (expresado en el contrato de trabajo) es de equivalentes. Sin embargo, desde el punto de vista de la producción, el salario representa solo una porción de la riqueza producida por el trabajador, siendo el resto, el excedente o la plusvalía, apropiado por el propietario del capital.

Es aquí donde reside la característica esencial del capitalismo como sistema explotador. La posibilidad de suprimir la explotación no reside entonces en reivindicar una retribución mayor para la fuerza de trabajo (reclamos salariales), pues el sistema siempre garantizara una porción de trabajo no pago.

Se trata de cuestionar la propia existencia de la fuerza de trabajo como mercancía, suprimir la propiedad privada de los medios de producción, estableciendo en cambio la posesión social, reunificando en definitiva a los trabajadores con sus instrumentos y sobre todo con el producto de su trabajo.

Cada régimen social reconoce un nivel de funcionamiento ideológico. En el capitalismo “la forma del salario borra toda la huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente, en trabajo pagado y no retribuido. Aquí todo el trabajo aparece como si fuese trabajo retribuido. En el trabajo feudal, se distinguían en el tiempo y en el espacio de un modo tangible el trabajo que el ciervo realizaba para si, y el trabajo forzado que rendía para el señor del suelo. En el trabajo de los esclavos, hasta la parte de la jornada en que el esclavo no hacia mas que reponer el

valor de lo que consumía para vivir y en que, por lo tanto, trabajaba para si, se presentaba exteriormente como trabajo realizado para su dueño. Todo el trabajo del esclavo parecía trabajo no retribuido”.²

La llamada sociedad de consumo no es sino una forma desarrollada de capitalismo donde bajo la apariencia de la atenuación de sus contradicciones se oculta una agudización del conflicto original. Desde este punto de vista las características del sistema capitalista son invariantes a sus diferentes fases.

² M. Karl (1867). *El Capital*. Siglo XXI Editores

PRODUCCION Y CONSUMO

El consumo tiene formas específicas que en cada época es condicionado por la estructura de la organización social. La sociedad capitalista, que reconoce como dominante la producción industrial en la estructura productiva global, es una sociedad de intercambio generalizado.

Ha diferencia de las organizaciones sociales precedentes, aquí tanto la producción social como la división social del trabajo alcanzan su máximo desarrollo. En efecto, en la sociedad se produce la subdivisión creciente de la producción en ramas y subramas. Las transformaciones que sufre un objeto natural hasta ser presentado en el mercado bajo la forma de objeto de consumo son múltiples.

Estas diferentes fases de transformación se constituyen cada vez mas en unidades productivas diferenciadas. Por esa razón por cada bien consumido por los individuos es creciente la cantidad de bienes dedicados a la producción, sean materias primas o herramientas, maquinarias e instalaciones productivas. Así mismo se produce una creciente división del trabajo en la empresa, que se nota en la proliferación de secciones, y en cada una de ellas también es creciente la división en la ejecución de los movimientos productivos adjudicados a cada trabajador.

A diferencia de los orígenes del capitalismo en su fase manufacturera, donde un trabajador hacia el conjunto de operaciones de transformación hasta obtener un bien de consumo, en la producción maquinizada es el conjunto de las operaciones parciales de cada trabajador lo que permite la obtención de un producto. En estas condiciones de creciente división del trabajo, todas las clases sociales deben procurar sus medios de subsistencia en el intercambio.

La generalización del dinero en su función del medio de pago, en el capitalismo, a diferencia de los anteriores regimenes sociales, indica la caracterización de aquella como la sociedad de intercambio por excelencia.

Sin duda es la existencia de necesidades humanas que deben ser satisfechas, necesidades que son históricamente crecientes, lo que funda la existencia misma de la producción y el proceso de división social del trabajo. Esto puede conducirnos a pensar que las llamadas sociedades de consumo son las formas más desarrolladas o perfeccionadas de satisfacción de las necesidades, en las cuales las inmensas capacidades productivas se han desarrollado en razón de satisfacer la demanda de su población.

Por el contrario, no son las necesidades de los hombres las que determinan la producción sino que “una producción determinada, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinado”.

En efecto, un sistema de producción determina: a) la distribución de los miembros de la sociedad en clases sociales, y en consecuencia, b) la forma de distribución de los productos (en la sociedad capitalista a través de la distribución desigual de los medios de pago o dinero). Por eso podemos decir que en primer lugar la producción determina el volumen y tipo de consumo (el grado de satisfacción de las “necesidades humanas”), pues el consumo aparece socialmente como consumo de miembros de clases sociales y las necesidades no como “necesidades humanas genéricas, sino como consumo solvente (el ingreso determinado por las relaciones de distribución y estas a su vez en ultimo grado por las relaciones de producción).

La producción determina al consumo también en el modo o la forma de consumo: “el objeto no es un objeto general, sino un objeto determinado, que debe ser consumido de una manera determinada, impuesta por la misma producción.. El hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, que se come mediante un cuchillo y tenedor,

es un hambre muy distinta de la que devora carne cruda con ayuda de manos uñas y dientes.”³

En este sentido podemos decir que al producir un objeto se produce una forma de consumirlo. La producción provoca en el consumidor la necesidad de productos que ha lanzado a la circulación: en cierto modo crea necesidades. La imposición de necesidades a través de los mecanismos de publicidad que crean poderosas normas de recompensa y sanción social, nos llevan a comprobar que parte de ellas son falsas necesidades, entendiéndose por tales las que conspiran contra la liberación y plena realización de los hombres.

³ M. Karl. (1867). *El Capital*. Siglo XXI Editores

EL DESPILFARRO Y LAS FALSAS NECESIDADES

Un hecho que debemos destacar como característico de la sociedad de consumo es el vertiginoso crecimiento de la producción, especialmente la industrial, en las últimas décadas. Todos estos factores que venimos mencionando dan en conjunto la imagen de una sociedad de consumo donde el despilfarro planificado es un elemento esencial.

En primer lugar es despilfarro el basto desarrollo que han tenido los productos innecesarios y aun inconvenientes para una vida humana libre. Buena parte del costo de la presentación de algunos artículos es superior a la parte realmente utilizable del mismo. Ejemplo de ello es la sal envasada en pequeños recipientes que luego se tiran y que cuestan diecisiete veces más que la comprada suelta. O la difusión de elementos en aerosol que incluso desperdician parte del producto utilizable, sin presentar una ventaja real al consumidor.

Esta superproducción de bienes dispendiosos se asienta en un fomento intencional de una concepción individualista del consumo asociado a la obtención de prestigio social. “Nuestra economía enormemente productiva... exige que hagamos del consumo nuestro modo de vida, que convirtamos en rituales la compra y el uso de mercancías, que busquemos en el consumo nuestras satisfacciones espirituales, la satisfacción de nuestro yo...necesitamos cosas consumidas, desgastadas, reemplazadas y desechas a un ritmo cada vez mayor”.

Abandonado a si mismo, el individuo estará dispuesto a reclamar bienes individuales antes que servicios o bienes colectivos, es decir reclamar en otros términos, una “economía de mercados” y una “sociedad de consumo”, mas bien que una economía y una sociedad fundada sobre la base del servicio.

Producto y consumidor han recorrido parte de un camino el uno hacia el otro, hasta encontrarse. Para consumir el encuentro solo tienen que recorrer unos centímetros.

LA PLANIFICACION DEL CONSUMO

Se pueden distinguir tres diferentes formas en que los productos pueden ser obsoletos, esto es convertirlos en objetos anticuados o fuera de uso: 1) obsolescencia de función: en esta situación un producto existente queda fuera de moda cuando se introduce otro producto que ejecuta mejor su función. 2) obsolescencia de calidad: en este caso, cuando es planificada, un producto se despedaza o desgasta en un momento determinado, por lo general no muy distante del momento su compra, 3) obsolescencia de atractivo: en esta situación un producto que todavía puede ser utilizado en términos de calidad o de ejecución, se torna “anticuado” para nuestro pensamiento, porque una modificación de su estilo u otro cambio lo hace parecer menos deseable en relación con el producto sustituto.

Desde luego es el primer tipo de obsolescencia el que tiene una clara justificación social. Se reemplazan los bienes desgastados por el uso, o bien aquellos cuyo uso no se justifica por el ahorro que significa la adquisición de otro nuevo, tal es el caso del reemplazo de la maquinaria menos productiva o la sustitución de medios de transporte por otros que suponen ahorro de combustible o mejor servicio.

Distinta es la situación cuando la obsolescencia es premeditada para – a igual costo o precio- producir artículos de inferior calidad, con el fin de poder colocar una producción abarrotada.

En cuanto a la obsolescencia de estilo, las empresas dedicadas a la confección de vestimentas (femeninas y masculinas) son el ejemplo característico por ser las más sensibles a las imposiciones de la moda. Debe tenerse en cuenta que muchas de las modificaciones de estilo que se introducen en los productos, responden a un imperativo puramente comercial: aumentar las ventas. La mayoría de los cambios en diseño se realizan, no para mejorar el producto, ya sea estética o funcionalmente, sino para tornarlo obsoleto.

El caso socialmente mas significativo de este tipo de obsolescencia es el de la industria automotriz. El propio presidente de la General Motors, explicaba el propósito de estos cambios: “si no hubiera sido por el cambio anual de los modelos, el automóvil tal como lo conocemos en la actualidad, no podría ser producido en grandes cantidades y tendría tal precio que muy pocos podrían permitirse el lujo de comprar uno. Nuestros clientes no tendrían incentivos ni motivo alguno para comprar un coche nuevo hasta que se les hubiese gastado el viejo.”

Tal vez esto deba leerse como una confesión de que la industria automotriz es súper productora y las fuerzas productivas en ella empleadas son injustificadas.

NUEVOS MERCADOS

El mercado anterior representaba un equilibrio entre la oferta y la demanda, reflejado en los precios. El mercado actual es un intento de dominar la demanda por la cualificación de la oferta. La manipulación de los grandes mercados es mucho más profunda y menos visible. La retirada de ellos de determinado producto para dar sensación de escasez y crear la ansiedad por su posesión se opone a la actuación contraria, es decir, a que la abundancia del producto, especialmente visible en todas partes, distribuido incluso hasta la exageración, favorece las ventas.

La idea general de los manipuladores de la sociedad de consumo es la de sostener que la vida esta en continua transformación; sin duda que lo esta, pero con una velocidad menor de lo que se pretende. No obstante, es cierto que el consumo forzado implica en si una transformación y dirige una serie de actividades hacia ese tipo de modificación.

Ciencia y técnica son dos factores que conducen seriamente hacia ese cambio de vida. En la actualidad, el capital y las grandes industrias (en este caso una misma fuerza) son los principales contratantes de científicos y técnicos, con ofertas muy superiores en cuantía económica a las de las universidades y muchos estados, y sobre todo, con un tipo de propuesta muy alentadora para los científicos: la oferta de laboratorios y medios

De investigación, encarecidos unos y otros de tal manera que no están ya al alcance del genio aislado.

Esta contratación de la ciencia y la técnica no solo se hace por los laboratorios de productos farmacéuticos, que en la actualidad constituyen una de las primeras industrias consumistas del mundo (probablemente la segunda, después de la armamentista), sino por toda clase de industrias: la complejidad científico técnica del producto de hoy lo requiere así, y probablemente, la “religión de la ciencia” que ha calado en el ciudadano del mundo occidental desde el siglo XIX es un factor importante de la adoración al objeto o al producto que presenta características de ese tipo.

La revolución científico técnica ha modificado la calidad de vida en Occidente, o en la generalidad del mundo desarrollado, pero, en gran parte, lo ha hecho teniendo en cuenta los intereses propios de la economía de mercado. Por ejemplo: los ferrocarriles, los medios de transporte de mercancías y personas no se han trazado en función de la promoción regional, nacional o mundial, sino de la máxima comercialidad de las líneas.

En los países colonizados, donde los intereses y realidades de las poblaciones autóctonas han sido siempre olvidados, este ejemplo es bien patente: los ferrocarriles y

Los puertos eran construidos de acuerdo con las necesidades de transportar las materias primas explotadas hacia la metrópoli o los mercados de consumo, y no para revalorizar al país.

LA PUBLICIDAD: ENTRE EL ARTE Y LA PERSUASION

Para que haya consumo es necesario que haya consumidores, y estos se crean y se fabrican vertiginosamente, acorde a la velocidad del proceso productivo y gracias al desarrollo de los medios de comunicación masiva.

El ideal de consumo de la sociedad capitalista no tiene otro horizonte que la multiplicación o la continua sustitución de objetos por otros cada vez mejores. Un ejemplo revelador es el de la persona que recorre el supermercado, llenando su carrito hasta arriba, tentada por todos los estímulos y sugerencias comerciales, incapaz de decir que no.

Se ha trastocado la teoría del valor de la mercancía-objeto. Marx decía hace tiempo (en el *Capital*) que: “ las propiedades materiales de las cosas solo interesaban cuando las considerábamos como objetos útiles, es decir como valores de uso”, ahora el acento esta sobre el valor de cambio, no solo en el sentido tradicional, como medida de trabajo acumulado que permite su equivalencia en dinero, sino por la aceleración de la operación compra-venta de la mercancía, mostrando una voracidad insaciable que todo lo consume, que empuja a cambiar por lo nuevo, mientras el valor de uso cae bajo el signo de lo viejo sin importar la utilidad que aun posee por si mismo.⁴

La cuestión tiene un aspecto económico-social y otro psicológico. Es de suponer que un individuo con sus necesidades cubiertas suficientemente tendería a limitar su trabajo, lo cual provocaría la limitación de las ventas de mercancías, y con ello se resentirían los beneficios de la industria y el comercio.

La incitación al consumo tiende, pues, a evitar este estado de cosas, siendo una de sus armas principales la publicidad y otra la conversión de las mercancías estables en perecederas. La conversión en perecederas de mercancías duraderas (por la incitación de la novedad, por el terror que causa la perdida de un status social si no se consume la mercancía que otros han adquirido recientemente, produce la torsión psicológica de lo inalcanzable: los objetivos finales antiguos, o sea, una casa sólida, unos muebles “para toda la vida”, unos tejidos perdurables, ya no existen, y los objetivos actuales parecen ser los de poder cumplir una sustitución continua.

Se ha llegado a la sublimación de los objetos “de consumo” hasta convertirlos en objetos de sustitución de otras necesidades u otros impulsos, generalmente sexuales, la utilización de imágenes eróticas en la publicidad de artículos que nada tienen que ver con el erotismo, o las imágenes saludables en otros que, indudablemente, son contrarios a la salud (los anuncios de cigarrillos y bebidas alcohólicas, utilizados en imágenes sugerentes por atletas y deportistas a cuyos pies se suele tender una mujer semidesnuda o en actitud acariciadora y admirativa) se traducen en un sutil ilusionismo.

Si la propaganda lleva al consumismo es porque se le adjudica a los productos un valor. El objeto de consumo debe estar revestido de unas condiciones que rebasan sus propias cualidades, su propia realidad. Debe ser mitificado, convertido en ídolo.

Esta es la obra principal de la publicidad, elemento absolutamente básico en la sociedad de consumo, y que moviliza la necesidad de comprar a la vez que ensalza la calidad del objeto, dándole unas derivaciones impensadas.

Los productos están disfrazados de magia, prometen ilusiones, de las cosas parecen brotar poderes mágicos que luego se desvanecen..... dejando una sensación de vacío o la insatisfacción de una búsqueda infructuosa: “limpian mágicamente”, “hacen desaparecer la celulitis en una semana”, “prometen adelgazar en dos días”, “la ropa que hace cambiar la personalidad”, “el auto todo potencia que se vende con una fascinante mujer (imaginaria) incluida”, “la marca que da prestigio”, “el video que pone al alcance

⁴ M. Karl (1867) *El capital*. Tomo I

de la mano todas las fantasías sexuales”, “el político que resuelve todos los problemas o el manosanta que cura todas las desgracias”....

El ciclo de la publicidad es el más engañoso de la sociedad de consumo. Los grandes fabricantes de productos conceden importantes capítulos de sus presupuestos a la publicidad, pero, inevitablemente, cargan los costos sobre el precio del producto vendido; de este modo, el consumidor es quien paga el caro sistema que lo convence al mismo de que ha de comprar.

La adquisición y venta de publicidad es, pues, uno de los grandes negocios de estos tiempos; algunas de las primeras empresas del mundo son publicitarias. La publicidad contemporánea ha perdido en gran parte sus condiciones primitivas de información, de “anuncio” o de “aviso” (para que sirva determinado producto, cuanto cuesta y donde se expende) habiéndolas sustituido por la función mitificadora.

En general, “ las propiedades materiales de las cosas solo interesaban cuando las considerábamos como objetos útiles, es decir como valores de uso” el mecanismo de la publicidad consistirá en proporcionar al consumidor las imágenes o las palabras precisas para evocar en él, sin proponérselo directamente, la sensación de tranquilidad, de confianza. Esta publicidad combativa de resistencias es frecuente en los productos peligrosos o considerados como tales. Queda dicho que el tabaco o el alcohol, nocivos para la salud, son frecuentemente anunciados presentando como consumidores de ellos a personajes de salud excepcional, como deportistas, atletas, bailarines, o aquellos que tratan su cuerpo con un cuidado especial.

Otras campañas de publicidad están totalmente alejadas de la finalidad del producto al que sirven y no tiene la menor relación con él, tratan solamente de asociarlo a situaciones determinadas de la vida, de modo que cuando alguien se encuentre en tal situación sienta el reflejo condicionado de consumir ese producto, o de relacionarlo con determinados estados de felicidad: la infancia, la madre, el primer beso, un aroma, un triunfo.

Otra base esencial de la publicidad es la erotización del objeto, dotarlo de valores sexuales, o suponer que los presta a quien los consume.

LA EROTIZACION

Cierta esencia de la mujer como sustitutivo de la mujer misma es la erotización, fenómeno absolutamente constante de la sociedad de consumo. Esta se apoya insistentemente en las frustraciones y debilidades del consumidor, trata de darle unas sustituciones que puedan compensarle, o en las que él crea que puede encontrar esa compensación.

Existe una producción sin fin de los temas eróticos, cualquiera que sea el producto a anunciar: los desnudos o semidesnudos según el grado de permisibilidad del país en que se expongan las imágenes, y la pareja humana en multiplicidad de encuentros. Lo mismo puede tratarse de un jugo de frutas que de una bebida alcohólica, de una camisa que de un automóvil, la temática es eterna. La llamada es directa y clara. Se supone que la frustración sexual del individuo sin pareja, o sin las suficientes parejas, va a ser superada rápidamente mediante el uso de determinados productos, se supone que la esencia de la virilidad o de la feminidad está precisamente en un consumo especial. Tal producto afirmara la virilidad o la feminidad, especialmente los dedicados al cuidado corporal y estético de la mujer.

También persiste una condición esencial del consumismo: el objeto erotizado por la publicidad no llega nunca a producir la satisfacción buscada, puesto que es solamente un objeto de transformación o de sustitución, sino que origina una nueva ansiedad que otra vez puede ser explotada de una manera sin fin.

Se crea la tendencia a erogeneizarlo todo. Los objetos ahora erogeneizados aparecen más relevantes y, por tanto, de más probable adquisición. El objeto se pone al servicio aparente del Eros, cuando en verdad lo que importa es su adquisición. Y como quiera que la necesidad erótica no sea satisfecha por este medio, de nuevo el sujeto queda a merced de la reiterada mitificación que se le provoca a través de la avalancha previa de erotización.

PERSUASION INVISIBLE

La “persuasión invisible” forma parte de la publicidad. Se ha podido observar que gran parte de esta última es de por sí invisible, con objeto de evitar la resistencia o las formas de defensa del consumidor.

Entre las características de la persuasión invisible están las formas y los colores. A veces los colores están relacionados con ciertas marcas prestigiosas que los emplean para sus productos, pero generalmente se prefieren los colores vivos como el rojo o los “de moda”. Según los sociólogos, existe una gran sexualización en las preferencias de formas y colores.

Si por una parte la publicidad es un motor del consumo, por otra es también uno de los más perecederos objetos de consumo de nuestra sociedad: se destruye a sí misma a gran velocidad, especialmente por su abundancia.

El habitante de una gran ciudad recibe decenas, quizás centenares de mensajes publicitarios al día. Entran en su hogar por todas partes: la radio, la televisión y la prensa son los modos habituales, pero también la publicidad está presente en el teléfono, en el correo (cada vez más disfrazadas, más personalizada, más “dirigida a él”), en el agente de ventas que lo visita y ofrece productos de muestras gratuitos, o le solicita una respuesta a preguntas de encuesta (“su opinión es valiosa”), la encuentra en la calle, en el ómnibus, en el taxi, en los carteles luminosos, en las carreteras, pintada en las aceras.

La encuentra en sus semejantes y, finalmente, el mismo se convierte también en portador de publicidad. Ciertas prendas llevan bordadas la marca de fábrica, determinados pantalones la proclaman en grandes letreros nada discretos, y el portador de publicidad se siente ingenuamente satisfecho de llevar encima el producto prestigioso, convirtiéndose así en persuasor gratuito, en un “poste anunciante”. En la actualidad, es raro el automóvil que no lleva adhesivos publicitarios, y no solo de los productos directamente referidos al vehículo en sí, sino de discotecas, de ciudades turísticas, de talleres de reparación, etc.

El consumidor actual vive inmerso en la publicidad, y el mismo es agente publicitario. Por eso, el consumo de slogans o de imágenes es inmenso. La publicidad engendra publicidad, y se multiplica a sí misma. Llega a tener un valor por encima de las marcas y aun de los géneros. Por todas partes se recibe la orden y el estímulo.

Otro fenómeno alarmante tiene que ver con la publicidad infantil. Durante la década del ochenta, el cambio gradual hacia nuevos modelos familiares y el afianzamiento de la fabricación de productos infantiles ayudaron a transformar a los inocentes querubines de ayer, en avispados consumidores de hoy.

En el otro polo del fenómeno proliferaron las megas estrategias de venta que diseñan sus campañas como si se tratara de operativos militares. Mapeos, diagramas y sistemáticos estudios de mercado de pronto competían para desentrañar los más íntimos deseos de Juanes, Sofías, Pablos y Agustinas.

No solo se busca influir en los padres a través de los hijos: hoy el objetivo también es crear futuros clientes fieles desde sus primerísimas experiencias. Para lograrlo, se fueron lanzando al mercado productos que históricamente habían apuntado al público adulto. El resultado está a la vista: si la imagen de la infancia alguna vez fue una nena con trencitas agarrando el piolín de un globo rojo, hoy esa misma nena lleva en la mochila su propio teléfono celular, comparte su cuarto con un aparato de música y una mini-computadora personal, y hasta, muy pronto, guardará las “moneditas” que le regalen en su propio cajero automático. Los especialistas en marketing los buscan cada vez más jóvenes. Y hay una razón: la “memoria emocional” (la que queda asentada en el inconsciente durante los primeros años de vida) es la que determina el valor que los

niños otorgaran a las marcas cuando crezcan. Basta con repasar la cantidad de productos que los adultos de hoy eligen tan solo porque también los consumieron sus padres.

En la cultura del descarte fomentada por las cadenas de comidas rápidas, no hay chico que se asuste de lo efímero. En el rubro que los norteamericanos cariñosamente apodaron “comida chatarra”, “el gancho” tiene forma de cajita de cartón con un menú infantil y lleva distintos nombres: “Cajita feliz”, “Kids clubs”.....Pero a no engañarse: el principal atractivo de la cajita no es ni la hamburguesa, ni las papas fritas, ni la gaseosa, sino un juguetito coleccionable que cambia a razón de tres a cinco semanas. Para completar su colección, los chiquitos no solo deben solicitar a sus padres que los lleven tantas veces como sean necesarias a su hamburguesería favorita, sino también saber eludir las fechas en que se premia con muñecos repetidos y hasta desarrollar el canje con vecinos y parientes, como sucedía con las figuritas.

Pero no solo de hamburguesas viven los niños. También subsisten en base a flanes, yogures, postrecitos, gelatinas, galletitas y toda una galaxia de productos congelados.

Desde hace unos años, las góndolas de los supermercados se transformaron en sirenas seductoras con sus rutilantes apelativos más o menos directos a los niños. Gracias a la magia del marketing, hasta el siempre aborrecido pescado ahora viene con forma de estrellitas, listo para conquistar al más terco de los gourmets infantiles.

¿Cuál es el riesgo de todo esto?, se pregunta el psicoanalista Osvaldo Arribas. Y responde: “la pérdida de valor”. Cuando compramos un auto o un televisor inmediatamente pasan a valer la mitad porque ya los tenemos. ¿Y quien se queda con la diferencia? ¿Quién la acumula? El riesgo es perder la noción de esa diferencia y que todo de lo mismo: comer bien y comer mal, vestir bien y vestir mal, tener o no tener, hablar o no hablar, decir o no decir”.

LOS IDEALES

Hay también un consumo de ideales. Los cantantes populares se han convertido en ídolos a los que imitan una parte de la juventud. Sus vidas y declaraciones nutren a una abundante prensa especializada.

Existe una idealización de la juventud que representa un consumo delirante en todos los lugares del mundo: millones de jóvenes no son como son, sino como los patrones (paterna) de la sociología los han dibujado, para bien o para mal –incluyendo la imagen tan equivocada de la “delincuencia juvenil y de las drogas”.

Típicamente consumista es el ideal femenino. Se habla comúnmente de mujer-objeto como de un ser creado por la publicidad, el cine, las revistas de modas: una mujer todo forma, capaz de transformar hasta las dimensiones de su cuerpo para responder a las definiciones de “lo que se lleva”, todo ello convenientemente exagerado para señalar que es, precisamente el objeto externo a ella lo que la caracteriza, y que su calidad es la de portadora de muchas cosas, entre otras de sí misma y de sus atributos femeninos, los cuales se destacan y exageran, bien por la desnudez deliberada, bien porque la vestimenta tiende a acentuar y recalcar sus características sexuales primarias.

En la imagen propuesta, la mujer-objeto estaría condenada a una vida cosificada puesta exclusivamente al servicio de adorno, mas aun que al servicio sexual, de quien o quienes la adquiriesen, daría “tono” como la obra de arte cara, formaría parte del decorado inseparable de la sociedad de consumo.

Esta exageración ha sido precisamente ideada por su contrario, la mujer liberada, que, al definirse a sí misma como liberada de esa servidumbre, define continuamente a la mujer que no desea ser y supone que existe, sin que haya realmente muchas pruebas de ello. Pero al definirla crea en muchas de ellas el deseo de ser precisamente esa mujer-objeto así combatida, de forma que se producen automáticamente los inevitables sucedáneos.

Parece innecesario advertir que no se trata aquí de definir ni los verdaderos movimientos juveniles mundiales ni los de las mujeres que pretenden que su condición les haga ocupar un puesto en el conjunto de la vida distinto al que las sociedades antiguas habían determinado, sino simplemente a los modelos de consumo y a sus imitaciones, en un sentido siempre constante: producción en serie, sustitución de realidades por imágenes, estereotipo de modas, repetición publicitaria y propagandística por los muchos medios puestos por la sociedad de consumo.

El mercado del arte popular y la cultura de masas fabrican ídolos musicales, cómics, y series televisivas, que son llevados a la categoría de culto por estas asociaciones, factores de promoción de sus productos favoritos. Los consumidores organizados son parte activa del negocio, es decir que los clubs de fans sirven para vender mas productos.

MUNDOS IMAGINARIOS

Por un lado podríamos decir que la revolución informática nos simplifica el trabajo mediante la ordenación y el procesamiento de datos, y nos permite mantener una comunicación con el mundo entero.

Hoy sin salir de casa ya se puede hacer las compras, consultar a un médico, manejar las cuentas bancarias, cursar una carrera universitaria, buscar trabajo, hacer amigos, casarse, comprar y vender.....

Este mundo “virtualizado” nos presenta una paradoja, ya que favorece el individualismo, la ruptura de los lazos sociales, siendo el único intermediario una máquina. No hay voces ni rostros. Solo palabras escritas entre quienes charlan (chatean) con sus computadoras. El Chat es una de las vedettes de Internet, pero ahora también se agregaron nuevas estrellas: Facebook y Twitter.

. Para unos es una forma de conocer gente, para otros, una manera de echar rienda suelta a sus fantasías.

Los especialistas dicen que las pantallas de las computadoras son el nuevo lugar donde se dan cita nuestras fantasías, tanto eróticas como intelectuales:... “Estamos usando la vida a través de la computadora para sentirnos cómodos con nuestras formas de pensamiento, relaciones, sexualidad, política e identidad” (“Vida en la pantalla: la identidad en la era de Internet” Sherry Turkle). Lo paradójico es que, los desconocidos, al poco tiempo pasan a formar parte de un círculo social virtual con el que se comparten más horas que con la familia, pareja o amigos de toda la vida.

En el mundo televisivo también aparece un fenómeno sorprendente: la posibilidad de entretenerse cambiando de canal sucesivamente. Esto también puede convertirse en una fuerte ambición televisiva.

Sus principios claves podrían resumirse en los siguientes puntos: 1) representa una nueva forma de consumo. La avidez de sensaciones e imágenes se intenta saciar con el telemando (zapping), con el fin de ver que se está dando en ese momento en cada cadena. Se pasa así de una película a un debate, de un concurso a una retransmisión deportiva, etc.

2) Significa un interés por todo y por nada, lo cual traduce una clara insatisfacción de fondo. Se busca algo que sea capaz de detener ese cambio frenético, pero generalmente no se encuentra.

Si rastreamos más profundamente que es lo que en realidad siente el sujeto del zapping, encontraremos el deseo de abarcarlo todo, de que nada se le escape, de poseer todo al mismo tiempo.

A esto llaman los americanos Picture in Picture, una imagen dentro de otra. La experiencia deja un transfondo, mezcla de codicia y descontento a la vez. El hombre, al no quedar saciado, pasa y repasa los canales una y otra vez para ver si aparece algo nuevo que sea capaz de suscitar su interés.

3) Se produce una bulimia de novedades en tanto que se desea una inmersión exploratoria en variedades y mudanzas, buscando no se sabe exactamente que, zambulléndose en un juego caleidoscópico de impresiones fugaces que no dejan prácticamente ninguna huella.

Por debajo de este oleaje discurre una actividad de dispersión: muchas imágenes y poca consistencia, exceso de información y escasa posibilidad de hacer síntesis de lo que llega permanentemente; fuga, huida, carencia de un centro de gravedad personal que dirija toda la conducta.

4) El mando a distancia tiene un efecto sedante. Muchas personas lo utilizan a última hora del día, ya cansados del trabajo de la jornada. Representa una especie de

droga que ayuda a conciliar el sueño. Tras diez o veinte minutos practicando esta actividad, suele asomar un placido sueño que conduce al descanso. Puede que para entonces la persona se haya quedado enganchada a algún canal, pero ya da igual, puesto que la capacidad de captación es mínima a esa hora del día.

5) La televisión cumple la ley del mínimo esfuerzo: basta dejarse caer en un cómodo sillón, apretar el mando y nada más. Pero el zapping es ya la carta magna del súper-mínimo esfuerzo: se trata de pasar-el rato, de estar distraído, de consumir minutos sin más pretensiones. Es la evasión a través del mundo de la fantasía de las imágenes que van entrando por los ojos y llegan a la cabeza, pero sin archivarse, dada su rápida sucesión y su falta de conexión.

CONSECUENCIAS SUBJETIVAS

ANOREXIA Y BULIMIA: PADECERES DE ESTE SIGLO

Conseguir que el cuerpo entre en un extrasmall es hoy la obsesión de miles de adolescentes: el talle mínimo da prestigio. Las chicas se quejan por el mandato, pero lo acatan. Atentos a la demanda, muchos diseñadores fabrican cada vez menos talles grandes.

Una nueva versión del combate entre el cuerpo real y el cuerpo ideal. El talle desplazo a la balanza y paso a ser, entre las adolescentes, la nueva tabla de medida. Para circular con éxito en el mercado del amor y del deseo, tienen que calzar el talle mínimo.

Esta nueva cara del imperio de la imagen desvela a miles de jóvenes, que se quejan que no hay talles para ellas en muchas marcas de moda. Los especialistas dicen que la adolescencia es una etapa caracterizada por el duelo por la pérdida del cuerpo infantil y por la adquisición del rol adulto. Y que por tanto, es frecuente que chicas y muchachos sufran por ese cuerpo indómito, sin bordes, que les crece en forma incontrolable. Dicen que a esta edad a causa de este despertar sexual y sobre todo en las mujeres, hay cierto placer sufriente (a la manera del goce místico de aquellas santas que se ajustaban el cinturón de espinas) en someterse a la disciplina de la balanza, para poner el posible desborde bajo control.

Todo normal, si no fuera porque a este estado de cosas viene a simulársele ahora el culto social por el extra-small. Pura locura porque, como si se tratara de Alicia en el País de las Maravillas, de cosas al revés, espejos rotos y zanahorias imposibles: el small se aleja cuanto más nos acercamos; las mannequins (lejos de ser las perchas para lucir las prendas) son “modelos” que se consagran con la excusa de la ropa; y ya no se trata de conseguir el pantalón que le vaya bien a nuestro cuerpo, sino de lograr que el cuerpo entre perfecto en ese pantalón.

Así lo explica el Sociólogo Enrique Valiente (1994), quien se especializó en sociología del cuerpo: la publicidad produjo fuertes cambios porque hizo que la gente pensara que la belleza es algo inamovible y objetivo, y no una definición social que está cambiando constantemente.

Cada sociedad pauto lo que es ser obeso pero lo que ha cambiado no es tanto el concepto como la frontera. En este movimiento fomentado por la millonaria industria de la belleza lo más curioso es que si antes la excelencia estaba señalada por la marca o la trayectoria del producto, ahora en esta tercera etapa excede a la misma marca: lo que confiere prestigio, lo que marca al consumidor como perteneciente al círculo áulico son los talles, en relación directa con un cuerpo perfecto, según los cánones de delgadez extrema.

Este Sociólogo señala que, para comprobar la perversidad de estos modelos, no hace falta recurrir a casos extremos. “Hay que ver de qué hablan las mujeres hoy en día, el extraordinario mandato que pesa sobre el universo de lo femenino. Ahí está el problema. Es la mujer que, sin llegar nunca a ser anoréxica o bulímica, vive obsesionada las veinticuatro horas del día, haciendo dieta, gimnasia y llena de angustia cuando faltan dos o tres meses para las vacaciones y sabe que una vez más no va a acceder al universo de lo que es legítimo y valorado socialmente: el cuerpo delgadísimo de una adolescente hermosa”.⁵

⁵ Valiente, E. (1994). *El Cuerpo y las Ciencias Sociales*. Revista Pueblos y Fronteras Digital.

Según una investigación realizada en la Universidad de Buenos Aires a 207 estudiantes mujeres, de entre 18 y 25 años, para medir la presencia de conductas dietantes y probabilidad de trastornos en la alimentación, determino la presencia de algún trastorno alimentario en un 13% de la población, un 16% de conductas dietantes y un 4,8% de conducta bulímica (comer con atracones), dato preocupante, ya que el 5% se considera internacionalmente como epidemia. También revelo que un 8,5% de jóvenes con peso normal están insatisfechas con su cuerpo, coexistiendo en casi la mitad de ellas una significativa disminución de la autoestima (depresión) y tendencia al no registro de sensaciones y emociones y un alto grado de ansiedad.

“EL MALESTAR EN LA CULTURA”

Señala el autor que, innumerables veces se ha planteado la pregunta por el fin de la vida humana y no hay una respuesta satisfactoria. Su premisa es manifestación de la arrogancia humana. También aquí solo la religión sabe responder a esa pregunta, e indica Freud que difícilmente se errará si se juzga que la idea misma de un fin de la vida depende por completo del sistema de la religión. Por eso pasa a una pregunta menos pretenciosa, ¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir por su conducta, como un fin y propósito de su vida? Qué exigen de ella y qué quieren alcanzar? Entonces la respuesta no es difícil: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla. Esta aspiración tiene dos costados una meta positiva y otra negativa; por un lado se quiere la ausencia del dolor y de displacer y por otro vivenciar intensos sentimientos de placer.

El programa del principio de placer es que fija su fin a la vida, este principio gobierna la operación del aparato anímico desde el comienzo mismo, sobre su carácter a carde a fin de no caben dudas, no obstante lo cual su programa entra en querella con el mundo entero. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del todo lo contrarían y se dirá que el propósito de que el hombre sea dichoso (dicha = intensos sentimientos de placer) no está contemplado en el plan de la Creación; y lo que repentinamente se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de las necesidades retenidas con alto grado de estasis (sic) y por su propia naturaleza solo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste y muy poco el estado.⁶

De esa forma, Freud indica que no es asombroso que bajo la presión de estas posibilidades de sufrimiento los seres humanos suelen atemperar sus exigencias de dicha, tal como el propio principio de placer se transformó bajo el influjo del mundo exterior en el principio de realidad más modesto; no es asombroso que se consideren dichosos si escaparon a la desdicha, si salieron indemnes del sufrimiento, ni tampoco dondequiera universalmente, la tarea de evitar este relegue a un segundo plano la de la ganancia de placer. Una satisfacción irrestricta de todas las necesidades quiere ser admitida como la regla de vida más tentadora, pero ello significa anteponer el goce a la precaución, lo cual tras breve ejercicio recibe su castigo. Los otros métodos, aquellos cuyo principal propósito es la evitación de displacer se diferencian según la fuente de este último a que dediquen mayor atención (p.77): soledad, como miembro de la comunidad, influir sobre el propio organismo, método químico: la intoxicación (Freud se refiere a estos últimos diciendo entre otras cosas que, lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria, es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos le han asignado una posición fija en la economía libidinal. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino y en muchos casos son culpables de la inútil dilapidación de grandes montos de energía que podrían haberse aplicado a mejorar la suerte de los seres humanos).

El complejo edificio de nuestro aparato anímico permite toda una serie de modos de influjo, además del mencionado. Así como satisfacción pulsional equivale a dicha, así también es causa de grave sufrimiento cuando el mundo exterior nos rehúsa la saciedad de nuestras necesidades. Por tanto, interviniendo sobre estas mociones pulsionales uno puede esperar liberarse de una parte del sufrimiento, este modo de defensa frente al padecer ya no injiere en el aparato de la sensación; busca enseñorearse de las fuentes internas de las necesidades (caso de las prácticas de yoga). Las que

⁶ S. Freud (1930) *Malestar en la cultura*

entonces gobiernan son las instancias psíquicas más elevadas que se han sometido al principio de realidad. Cuestiona sobre esta alternativa que el sentimiento de dicha provocado por la satisfacción de una pulsión silvestre no domada por el yo, es incomparablemente más intenso que el obtenido a raíz de la saciedad de una pulsión enfreñada). Aquí encuentra una explicación económica el carácter incoercible de los impulsos perversos y acaso también el atractivo de lo prohibido como tal.

Otra técnica para la defensa contra el sufrimiento se vale de los desplazamientos libidinales que nuestro aparato anímico consiente y por los cuales su función gana tanto en flexibilidad. Sería trasladar las metas pulsionales de tal suerte que no puedan ser alcanzadas por la denegación del mundo exterior. Para ello la sublimación de las pulsiones presta auxilio. Se lo consigue sobre todo cuando un se las arregla para elevar suficientemente la ganancia de placer que proviene de las fuentes de un trabajo psíquico intelectual. Lo débil de este método es que no es de aplicación universal pues solo es asequible para pocos seres humanos (ej.: alegría del artista en el acto de crear). Aquí es nítido el propósito de independizarse del mundo exterior pues se busca sus satisfacciones en procesos internos psíquicos.

Otro método en el que se afloja más el nexo con la realidad y la satisfacción se obtiene como ilusiones admitidas como tales, pero sin que esta divergencia suya respecto de la realidad efectiva arruine el goce. Es el ámbito de la vida de la fantasía, dice Freud que en su tiempo cuando se consumó el desarrollo del sentido de la realidad, ella fue sustraída expresamente de las exigencias del examen de la realidad y quedó destinada al cumplimiento de deseo de difícil realización. Ej.: goce de obras de arte accesible mediante el artista aun para quienes no son creadores. Pero esto no es más que una sustracción pasajera de los apremios de la vida que no es lo bastante intensa para hacer olvidar una miseria objetiva.

Otro procedimiento más enérgico, discierne el único enemigo en la realidad que es la fuente de todo padecer y con la que no se puede convivir por lo que es necesario romper todo vínculo con ella si es que uno quiere ser dichoso en algún sentido. El eremita vuelve la espalda a este mundo y no quiere saber nada de él y pretende recrearlo y edificar otro en donde sus rasgos más insoportables se hayan eliminado y sustituido por los deseos propios. La realidad efectiva es demasiado fuerte y con este camino no se consigue nada, se convierte en un delirante y pocas veces halla quién lo ayude a ejecutar su delirio. Ej.: ciertas religiones de la humanidad con delirios en masa.

El recuento hecho no es exhaustivo. Otro método para evitar el sufrimiento, sitúa la satisfacción de los procesos anímicos internos y para ello se vale de la desplazabilidad de la libido, pero no se extraña del mundo exterior, sino que al contrario se aferra a sus objetivos y obtiene la dicha a partir de un vínculo de sentimiento con ellos. No se queda contento con la meta de evitar displacer sino que se atiene a la aspiración originaria, apasionada hacia el cumplimiento positivo de la dicha y quizás se le aproxime más que cualquier otro método. Es aquella orientación de la vida que sitúa al amor en el punto central que espera toda satisfacción del hecho de amar y ser-amado. Una actitud psíquica de esta índole está al alcance de todos nosotros una de las formas de manifestación del amor, el amor sexual no ha procurado la experiencia más intensa de sensación placentera, avalladora, dándonos el arquetipo para nuestra aspiración a la dicha. Nada más natural que obstinarnos en buscar la dicha por el mismo camino siguiendo el cual una vez la hallamos.

También puede situarse el interesante caso en que la felicidad en la vida se busca sobretodo en el goce de la belleza, dondequiera que ella se muestre a nuestros sentidos y a nuestro juicio, la belleza de formas y gestos humanos, de objetos naturales y paisajes, de creaciones artísticas y aun científicas. Esto ofrece escasa protección contra la posibilidad de sufrir pero puede resarcir de muchas cosas. El goce de la belleza se acompaña de una sensación particular de efecto embriagador. Aunque no se advierte la

utilidad de la belleza, no se puede prescindir de ella y lo único seguro es que deriva del ámbito de la sensibilidad sexual, sería un ejemplo arquetípico de una moción de meta inhibida. La belleza y el encanto son originariamente propiedades del objeto sexual. Freud hace notar que los genitales mismos cuya visión siempre tiene un efecto excitador, casi nunca se aprecian como bellos; en cambio el carácter de la belleza parece adherir a ciertos rasgos sexuales secundarios.

El Programa que nos impone el principio de placer, el de ser felices, es irrealizable empero no es lícito o posible, resignarlos empeños por acercarse de algún modo a su cumplimiento, para esto pueden emprenderse muy diversos caminos, anteponer el contenido positivo de la meta, la ganancia de placer o su contenido negativo, la evitación de displacer. Por ninguno de ellos podemos alcanzar todo lo que anhelamos. Los más diversos factores intervendrán para indicarle el camino de su opción, lo que importa es cuanta satisfacción real pueda esperar del mundo exterior y la medida en que sea movido a independizarse de él y en esto además de las circunstancias externas, es decisiva la constitución psíquica del individuo. Quien nazca con una constitución pulsional particularmente desfavorable y no haya pasado de manera regular por la transformación y reordenamiento de sus componentes libidinales, indispensables para su posterior productividad encontrará arduo obtener felicidad de su situación exterior.

La religión perjudica este juego de elección y adaptación, imponiendo a todos por igual su camino para conseguir dicha y protegerse del sufrimiento. Su técnica consiste en deprimir el valor de la vida y en desfigurar de manera delirante la imagen del mundo real.

Freud cuestiona por qué es tan difícil para los seres humanos conseguir la dicha?. Señala que se dio la respuesta cuando señalamos las 3 fuentes de que proviene nuestro penar: la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el Estado y la sociedad. En el caso de las dos primeras considera que nos vemos constreñidos a reconocer estas fuentes de sufrimiento y a declararlas inevitables. Pero diversa es nuestra conducta frente a la tercera: la social; nos negamos a admitirla en la medida que no podemos entender la razón por la cual las normas que nosotros mismos hemos creado no habrían más bien de protegernos y beneficiarnos a todos.

Considerando estas situaciones, se puede enunciar que gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura; seríamos mucho más felices si la resignáramos y volviéramos a encontrarnos en condiciones primitivas. Esta aseveración es asombrosa, porque comoquiera que se defina el concepto de cultura, es indudable que todo aquello con lo cual intentamos protegernos de la amenaza que acecha desde las fuentes del sufrimiento, pertenece justamente a esa misma cultura. Cuestiona Freud, el por qué tantos seres humanos han legado a este punto de vista de hostilidad a la cultura?, sobre lo que opina que un descontento profundo y de larga data con el respectivo estado de la cultura abonó el terreno sobre el cual se levantó después, a raíz de ciertas circunstancias históricas un juicio condenatorio. La última y anteúltima de estas ocasiones las visualiza en el triunfo del cristianismo sobre religiones pagadas en lo que tiene que haber intervenido un factor de hostilidad a la cultura; lo sugiere la desvalorización de la vida terrenal consumada por la doctrina cristiana. El último ocasionamiento sobrevino cuando se dilucidó el mecanismo de la neurosis, que amenazaban con enterrar el poquito de felicidad del hombre culto; se descubrió que el ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales y de ahí se concluyó que suprimir esas exigencias o disminuirlas en mucho significaría un regreso a las posibilidades de dicha.

A lo anterior suma un hecho de desengaño, sobre lo que indica que en las últimas generaciones los seres humanos están orgullosos de sus logros, pero creen haber notado

que sus conquistas sobre el espacio y el tiempo y sometimiento de las fuerzas de la naturaleza; no promueve el cumplimiento de elevar la medida de satisfacción placentera que esperan de la vida (no son más felices). De esta comprobación debería inferirse simplemente que el poder sobre la naturaleza no es la única condición de la felicidad humana, como tampoco es la única meta de los afanes de la cultura y no extraer la conclusión de que los progresos técnicos tienen un valor nulo para nuestra economía de felicidad. Ej.: ganancia positiva de escuchar a mi hijo por teléfono a mucha distancia; sobre lo que se hace oír una voz crítica pesimista y advierte que la mayoría de estas satisfacciones siguieron al modelo de aquel contento barato; entonces se puede decir por ej.: que de no existir ferrocarriles mi hijo no hubiera abandonado la ciudad paterna. Parece que no nos sentimos bien en la cultura actual, pero es difícil formarse un juicio de épocas anteriores para saber si los seres humanos se sintieron más felices, pero la felicidad es algo enteramente subjetivo.

En este punto de la indagación, Freud considera necesario abordar la esencia de la cultura cuyo valor de felicidad se pone en entredicho. Señala que cultura designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de las de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. Para comprender más buscará los rasgos de la cultura tal y como se presentan en las comunidades humanas. Para ello reconoce como “culturales” todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc. ej.: domesticación del fuego, las gafas para corregir los defectos de los ojos, microscopios para vencer los límites de lo visible, con la cámara fotográfica retiene las impresiones visuales fugitivas.

En tiempos remotos se había conformado una representación ideal de la omnipotencia y omnipresencia que encarnó en sus dioses. Les atribuyó todo lo que parecía inasequible a sus deseos o le era prohibido; por lo que es lícito decir que tales dioses eran ideales de cultura. Pero, ahora se ha acercado tanta al logro de esa idea que casi ha devenido un dios él mismo; pero no se puede olvidar que el ser humano de nuestros días no se siente feliz en su semejanza con un dios.

Se reconoce a un país una cultura elevada cuando encontramos que en él es cultivado y cuidado con arreglo a fines todo lo que puede ponerse al servicio, todo lo que es útil (ej.: el suelo se siembra laboriosamente para obtener vegetales que es apto para nutrir). Pero también es cultural que el cuidado de los seres humanos se dirija a cosas que en modo alguno son útiles y hasta inútiles, por ejemplo la estima por la belleza. Requerimos además signos de limpieza y orden. El orden es una suerte de compulsión de repetición que, una vez instituida decide, cuándo, dónde y cómo algo debe ser hecho, ahorrando así vacilación y dudas en todos los casos idénticos. Se tendría derecho a esperar que se hubiese establecido desde el comienzo y sin compulsión en el obrar humano y es permisible asombrarse de que haya sido así, porque el hombre más bien posee una inclinación natural al descuido, a la falta de regularidad y de puntualidad en su trabajo y debe ser educado empeñosamente para imitar los arquetipos celestes.

LO LLENO Y LO VACIO: LA PASIÓN POR EL TODO

El psicoanálisis nos enseña a entender el síntoma no como la alteración de una función (por ejemplo en insomnio que altera la función del sueño), sino como el índice fundamental de la verdad reprimida de un sujeto. Basados en éste punto de vista –que es el punto de vista general de la doctrina psicoanalítica- la hipótesis decisiva sobre la cual se sostiene la practica psicoanalítica con sujetos afectados de los así llamados trastornos alimentarios (anorexia y bulimia), consiste en considerar éstos trastornos no como enfermedades del apetito –patologías de la alimentación- , sino principalmente como *posiciones subjetivas*. Hipótesis tan elemental cuanto crucial al orientar la dirección de la cura no hacia una normalización de la función orgánica alterada, sino hacia la escucha de la palabra del sujeto y de la apertura del inconsciente que tal palabra consciente.

El rasgo discursivo dominante de la anorexia-bulimia es la pasión. La anorexia bulimia es, en efecto, una pasión del sujeto. Una pasión causada de un objeto-sustancia (la comida) que se coloca como objeto-cause, nunca simbolizable en su totalidad, sea allí donde orienta al sujeto hacia su rechazo obstinado (anorexia), sea cuando se la apropia en modo demoniaco imponiéndole tan voraz como infinita (bulimia).

No obstante, esta pasión por el objeto-comida, que parece poseer la característica de la atracción irresistible por un objeto-sustancia-real, se revela, en última instancia, como una pasión por el vacío.

En el fondo del objeto-comida (donde rechazo y asimilación descontrolada constituyen de hecho, en el discurso del sujeto, dos polos de una misma tensión), está, efectivamente, el vacío. Pero no el vacío del estomago, un vacío anatomizado que puede ser rellenado del objeto-sustancia, sino aquel vacío-ontológico y no empírico, que se refiere al corazón mismo del sujeto. Aquel vacío que el sujeto lleva en sí mismo desde el origen. Aquel vacío que se sustrae a cualquier medida, a cualquier cálculo, a cualquier representación. Aquel vacío que constituye el punto más íntimo del sujeto y, a sí mismo, la extrañeza más radical. Aquel vacío que abre en el sujeto una falta radical, incolmable (registrada en la enseñanza de J. Lacan como “falta-en-ser”), que no puede ser saturada por ningún objeto. Porque cualquier objeto se revela vano respecto a ésta meta imposible. Porque el vacío que habita al sujeto no depende de la sustancia del objeto, sino que está hecho de la misma tela, por decirlo así, que trama al sujeto mismo.

La anorexia bulimia es en consecuencia una pasión por el vacío en el sentido que, aunque orientando al sujeto en direcciones opuestas (la elección anoréxica es el rechazo del objeto-comida, la bulímica es el impulso a su consumo ilimitado), apunta igualmente a *alcanzar y conservar d vacío*. Porque la abolición del vacío sería la abolición del sujeto mismo.

El vacío es entonces la condición para que pueda existir, junto a la falta, el deseo. Por ello la anoréxica lo defiende desesperadamente a la manera de la identificación, arrojando todo su ser en ésta empresa, dando todo su ser en hacerse ella misma vacío puro, pura falta-en-ser. La bulímica lo encuentra, en cambio, al final de cada una de sus comilonas. Lo encuentra en el fondo de la sustancia-comida. Lo encuentra en el punto en el cual su goce toca el límite de la inconsistencia del objeto. A través del vomito ella hace vacío en su cuerpo. Vacía el propio cuerpo del peso de la sustancia. De ese modo al fin de cada crisis de hambre muestra en realidad al Otro que nada, nada del objeto.sustancia, podrá jamás llenarla verdaderamente. Porque su vacío no es el de un recipiente, sino aquel, estructural, de la falta-en-ser.

El destino del sujeto es el de ser subordinado a las leyes del Otro. A las leyes del lenguaje. Es este un punto central de la enseñanza de Lacan. Es el modo en torno al cual reflexiona en relación al Edipo freudiano: el principio de castración que instituye el

complejo de Edipo no se reduce a las vicisitudes imaginarias de la novela familiar del neurótico, sino que se encuentra ya en esta pérdida originaria de goce que la entrada del sujeto en el campo del Otro, inevitablemente conlleva. Un menos, una laguna, un vacío inherente por lo tanto al orden del sujeto como efecto preciso de esta acción simbólica del Otro.

Esta es la ley de la estructura: exilio, vaciamiento del goce del cuerpo como resultado del tratamiento significante. Y es justamente este tratamiento, que el significante impone por la fuerza al sujeto, que lleva a pulsiones el cuerpo, agujerearlo, inaugurar la falta. Es propiamente el tratamiento significante el que produce el cuerpo pulsional como tal, diferenciándolo así de un mero organismo viviente.

El psicoanálisis introduce una diferencia de fondo entre el cuerpo humano y el organismo viviente. Éste último está gobernado por leyes biológicas fijadas hereditariamente e inscriptas en el patrimonio genético de una especie. El instinto es su expresión más directa en cuanto suministra al organismo un esquema de respuesta a las solicitudes internas y ambientales determinado naturalmente y sedimentado genéticamente. El mundo humano en cambio no es reductible al campo biológico-natural del instinto. El mundo humano no tiene nada de natural. Es en cambio el producto de un trabajo: aquel que el significante promueve imprimiendo en las cosas humanas el sello, la marca, del Otro.

Afirmar que el cuerpo humano en cuanto tal no tiene nada de natural significa decir que es, ya antes de nacer, un cuerpo habitado, signado, marcado por el lenguaje. De esta forma el nacimiento biológico no anticipa simplemente el nacimiento psicológico, porque en realidad el nacimiento de un niño es anticipado por Otro: es anticipado en la elección del nombre, en el espacio que los familiares le prepararon en la casa, en las expectativas imaginarias creadas ya antes de su propia concepción. De esta forma, su cuerpo será vestido, educado en la limpieza, cortado (el cordón umbilical, las uñas, los cabellos) y tatuado según la cultura de pertenencia en la cual se inscribirá. En este sentido, los signos que producen el cuerpo son del lenguaje y no de la naturaleza. Lacan sintetiza esta dependencia estructural del cuerpo al lenguaje, afirmando que *el cuerpo es el lugar del Otro*. Donde el lugar del Otro es exactamente aquel desde donde se efectúa el tratamiento significante del cuerpo. Así del destete, la educación de esfínteres, la interdicción del incesto, indican la orientación fundamental según la cual el sujeto está constreñido a subordinarse a partir de su pertenencia al campo simbólico. Son etapas, ciclos, pasajes obligados a causa de los cuales una pérdida se abre en el cuerpo, haciendo del cuerpo mismo una estructura agujereada (las famosas zonas erógenas de Freud), habitada por una falta. Es lo que Lacan llamó *alienación significante* por la cual el sujeto debe pasar en su entrada al campo del Otro y que tiene como efecto fundamental el ofrecer al sujeto mismo una inscripción simbólica, pero sólo a cambio de una pérdida de ser, de una pérdida de goce.⁷

En el artículo “los dos principios del suceder psíquico”, Freud estudia este problema sosteniendo la necesidad de que el principio del placer esté destinado a sufrir una suerte de sustitución por parte del principio de realidad. Esta sustitución –efecto, para Freud, de las exigencias del discurso de la Civilización– subordina el Yo-placer al Yo-realidad y difiere el impulso a la satisfacción del Yo-placer, calibrándolo en los límites impuestos por la dureza de la realidad. No existe, en efecto, una absorción plena del principio de placer bajo el dominio del principio de realidad: esta sustitución deja siempre un resto. En este residuo –el residuo del principio de placer que no se deja simbolizar en el principio de realidad– se manifiesta, al mismo tiempo, el más allá del principio de realidad y el más allá del principio del placer. Porque éste residuo es el

⁷ J. Lacan. (1979) “Cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”. Seminario XI. Ediciones El cifrado

índice del apego del sujeto a un goce extrasignificante, no subordinado a las leyes de la civilización y al mismo tiempo, inasimilable al equilibrio homeostático del principio de placer. Este residuo de goce –producto y descarte del discurso de la civilización– es lo que Lacan llama objeto *petit (a)*.

La anorexia-bulimia muestra eficazmente la función del objeto *petit (a)*. La anorexia y la bulimia están en efecto, decididamente más allá del principio del placer. Comer hasta reventar o rechazar la comida hasta morir de hambre son posiciones del sujeto que resultan incomprensibles si se recurre a la lógica hedonística del principio de placer (por la cual, como dice Freud, el aparato psíquico tendería exclusivamente a procurarse placer y a evitar el displacer), o a aquella lógica adaptativa del principio de realidad (por la cual el sujeto renunciaría a la propia satisfacción pulsional a cambio de su integración en el discurso de la civilización). La anorexia-bulimia no responde entonces ni a la lógica del principio de placer ni a la del principio de realidad. En la anorexia-bulimia el sujeto realiza una forma de goce pulsional que excede el marco equilibrado del principio del placer (un goce que se ubica entonces más allá del principio de placer) y que rehúsa como tal la imposición de la educación pulsional dictada por el principio de realidad, ya que para alcanzar su goce tanto la anoréxica como la bulímica, no dudan en poner en peligro la propia vida.

Antes de las exigencias de la supervivencia se presenta esa atracción irresistible causada por el objeto *petit (a)* que, como tal, no puede ser jamás simbolizado en su totalidad, o sea integrado con las exigencias del principio de placer y del principio de realidad.

¿Qué cosa significa comer para el ser humano? Pregunta obligada para poder aferrar la especificidad de la posición anoréxico-bulímica que parece, según estrategias opuestas, poner en cuestión principalmente la relación simbólica existente entre el ser humano y la comida.

En *Tres ensayos para una teoría sexual* Freud define la pulsión como una perversión del instinto biológico-animal.⁸ Uno de los rasgos específicos que la distinguen respecto al instinto es la existencia en el montaje pulsional, de *dos satisfacciones* distintas. La idea de Freud es que en las zonas erógenas del cuerpo (oralidad, analidad, genitalidad) se suman, por así decirlo, dos satisfacciones diferenciadas: una de tipo biológico-natural que coincide con la idea de la existencia de una función instintiva y con la satisfacción específica de una necesidad (tengo hambre y satisfago esa necesidad ingiriendo comida), la otra es de tipo sexual que coincide con la realización de una satisfacción especial, irreductible a la dimensión de la satisfacción de una necesidad. Y es justamente esta *segunda satisfacción* que, montándose en la primera, introduce en el sujeto la dimensión estructuralmente “perversa” de la pulsión.

La satisfacción pulsional no coincide con la satisfacción de la necesidad natural porque la pulsión no es una fuerza, un dato natural, sino que se encuentra, según Freud, entrelazada desde el origen con el Otro. Ella no responde a un rigor natural, sino que se produce como efecto de la inclusión del sujeto en campo simbólico del Otro; como efecto de la cancelación, por así decirlo, de la naturaleza. La pulsión no demanda la satisfacción de la necesidad sino *otra satisfacción*: no simplemente la necesidad de comer, sino la satisfacción libidinosa de la oralidad (de la demanda oral) como zona erógena investida de la acción pulsional.

La insistencia de Freud sobre la naturaleza sexual de la pulsión entendía remarcar la especificidad de la posición humana respecto de la instintiva-animal. La pulsión es una desnaturalización del instinto, una deformación del instinto causada por la relación del sujeto con el Otro. De ese modo, en lo que respecta a lo específico de la pulsión oral es posible distinguir la necesidad de comer (satisfacción instintiva) de la búsqueda de la

⁸ S. Freud. (1905) “*Tres ensayos para una teoría sexual*”. XXVI

satisfacción pulsional a la cual la boca del bebe se consagra en la actividad repetitiva de chupar. De chupar no solo para aplacar el hambre (el bebe satisfecho resta igualmente prendido al pezón aunque ya no tenga hambre), sino fundamentalmente para alcanzar un goce de otro tipo, un goce de orden sexual.

En rigor la pulsión oral no tiene un objeto específico, un objeto preformado. El objeto de la pulsión –como Freud afirma en “Pulsiones y destinos de pulsión”- es la parte más “variable” del montaje pulsional. También por esto es la pulsión es profundamente diferente del instinto animal. La pulsión oral no nace de un programa biológico-genético predefinido, sino que da vueltas en torno a un vacío. Su satisfacción no está en lo lleno que puede obtener del objeto (como por ejemplo un auto puede estar lleno de nafta), sino en la repetición de la vuelta en torno al vacío del objeto. Por esto el “objeto primordial de satisfacción” (que el postfreudianismo encarna en lo real del seno materno) es presentado por Freud como perdido desde siempre.

Por lo tanto la pulsión implica un déficit –una especie de defecto natural-intrínseco: la imposibilidad de alcanzar, de repetir el goce mítico de la primera satisfacción. Aquel goce (que Lacan siguiendo a Freud llama “el goce de la cosa”)⁹ está prohibido al ser humano. Porque a causa de la acción del lenguaje, tendrá que relacionarse, como indica con precisión Freud, no con la Cosa en sí misma, sino con objetos-subrogados, sustitutos de aquel goce absoluto perdido para siempre que la Cosa evoca. En este sentido Lacan advierte sobre la necesidad de no confundir la pulsión con el objeto sobre el cual debería investirse, porque éste objeto “de hecho no es otra cosa que la presencia de una cavidad, de un vacío que será ocupado por cualquier objeto, dice Freud, y cuya instancia conocemos en la forma del objeto perdido (a).

El objeto (a) no es el origen de la pulsión oral. *No es introducido a título del alimento primitivo, es introducido por el hecho que ningún alimento podrá satisfacer jamás la pulsión oral, sino bordeando el objeto eternamente faltante*.”¹⁰

Se trata de diferenciar con precisión el estatuto del objeto de la necesidad con respecto al objeto de la pulsión. El objeto de la necesidad existe, está allí, es algo que sirve para rellenar un vacío “anatomizado” que se ubica en lo real del cuerpo, que sirve para volver lleno lo vacío. El alimento aplaca la urgencia del hambre tanto en el hombre como en el animal. Pero el hombre, a diferencia del animal, inventa además un discurso alimentario, inventa la gastronomía, enriquece el objeto de la necesidad con adornos, guarniciones, especias. Lo manipula, desnaturaliza, transforma, transfigura. Es ésta la función histórica de la Cocina: alejar, despegar, transfigurar el objeto de la necesidad, en objeto de la pulsión. El fundamento de todas las operaciones descriptas se encuentra en la supremacía del orden de la Cultura y el lenguaje sobre el orden de la Naturaleza. El discurso de la Cocina subordina –hasta alcanzar la completa desnaturalización- los elementos naturales a la manipulación significativa.¹¹ El alimento es desviado de su origen natural a través de la manipulación gastronómica-culinaria para valorizar al máximo la función de objeto pulsional y de ese modo introducir en el campo de la satisfacción de la necesidad otra satisfacción: una *satisfacción pulsional*. Desde este punto de vista la acción de la Cocina es homologable a la acción pulsional con la cual el niño intenta reencontrar la primera satisfacción perdida a través de la succión de los “subrogados” del seno. Existen dos declinaciones posibles del hambre, diferentes y al mismo tiempo montadas una sobre la otra. El *hambre de comida* como objeto de la necesidad, de la comida como objeto que aplaca el hambre y el hambre que ningún objeto puede calmar porque es el *hambre del seno, no de comida*, del seno como significativo del primer objeto (perdido) de satisfacción.

⁹ J. Lacan (1959) “*La ética del psicoanálisis*”. Seminario VII

¹⁰ J. Lacan (1964) “*Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*”. Seminario XI

¹¹ J.P. Aron (1978) “*Cucina*”. Enciclopedia, Einaudi (p. 215)

No se come, entonces, sólo para aplacar el hambre. Se come también para gozar. No se come solo comida. Se come también Otra cosa. Se come, podría decirse, al Otro. Se come, ésta es la enseñanza estructural de la anorexia-bulimia, el vacío. Porque comer el seno es efectivamente comer el vacío, pues el seno es el objeto perdido de la primera satisfacción. El seno al cual apunta la pulsión oral no es en realidad un objeto-sustancia, es un fantasma. Es el fantasma oral por excelencia. Comer es entonces comerse el fantasma, buscar el fantasma del seno en la selva de la manipulación significante de la Cocina.

La anorexia y la bulimia no resultan entonces comportamientos “naturales”. No son simples desviaciones de un comportamiento natural como el de la alimentación. Anorexia y bulimia no son distorsiones del apetito sino más bien un modo de recuperar el vacío de la Cosa, el vacío, imposible de comer, del fantasma del seno. La anorexia encarnando tal vacío en el propio ser, la bulímica persiguiéndolo en el todo, buscándolo en el fondo de todo, allí donde la consistencia imaginaria de la sustancia-comida devela la inconsistencia de un lleno que, a través del vomito, se ofrece como carente de sustancia.

Anorexia y bulimia ponen en evidencia las limitaciones de una concepción cognitivo-conductista del sujeto. Se trata en efecto de comportamientos que hacen saltar la lógica del principio de placer y del principio de realidad. Comer hasta reventar, vomitar veinte veces al día, rechazar la comida hasta dejarse morir son comportamientos contra-natura. Freud diría “masoquistas”. Y como la clínica enseña, no hay modo de modificar ésta situación encarando directamente la patología del comportamiento alimentario, probando por ejemplo, normalizar la función del apetito. Porque evidentemente el enfermo no es el apetito. En consecuencia los programas de reeducación cognitivo-conductual no sirven a la cura. Ellos curan el hambre en la ilusión de reconstruir un equilibrio alimentario perdido. Pero el hambre está en la cabeza. Y no puede ser arreglada, ajustando la función del apetito.

Freud diferencio con precisión, en su crítica al conductismo, la dimensión de la necesidad de aquella del deseo. Si la necesidad indica la dimensión fisiológica-biológica de la urgencia, un estado de necesidad que empuja a la propia resolución (como efectivamente el hambre impulsa a comer), el deseo existe *mas allá de la necesidad* pues no está dirigido hacia los objetos (como el hambre está dirigido hacia la comida), sino hacia un sujeto cuyo primer modelo, perdido desde siempre, está constituido por el Otro materno y en particular por el objeto de la pulsión oral (el seno). Finalmente, para que la necesidad sea satisfecha, es necesario que el niño la haga pasar por el desfiladero de la demanda. Sólo a través de la demanda, la necesidad puede ser dirigida al Otro y de ese modo satisfacerse.

Lacan aporta un mayor rigor a éste sistema ya freudiano. Si el sujeto nace en el campo del Otro está estructuralmente obligado a hacer desfilar las propias necesidades a través del filtro del significante. En este sentido la *demanda* es la dimensión de la necesidad modelada por el significante, subordinada al significante.

Tomemos como ejemplo el grito de un bebe que tiene hambre. El suyo es un grito. Es solamente la función mediadora del Otro la que permite al grito transformarse en demanda, por ejemplo demanda de comida, y en este sentido Lacan precisa la pulsión oral como *demanda dirigida al Otro*. Si entonces el Otro no interpreta el grito que se le ha dirigido, no se constituye la función dialéctica de la intersubjetividad y es como si el grito fuese un alarido infinito, perdido en un abismo sin nombre. Sólo la acción interpretativa del Otro convierte el grito en demanda. Por eso en el campo de las relaciones humanas no existen necesidades naturales, porque la dimensión de la necesidad está subordinada al significante. El efecto de esta subordinación es precisamente la demanda, que no es otra cosa que la articulación significante de la

necesidad o, más rigurosamente, la cancelación de la necesidad operada del significante de la demanda.¹²

Lacan dijo que “no se come nunca solo”. Eso significa que el ser hablante puede comer solamente si se encuentra inscripto en el campo del Otro del lenguaje. Como seres humanos *se come siempre en la mesa del Otro*, donde el comer no es simplemente aplacar el hambre sino que es además y sobre todo la asunción de las reglas de la convivencia, del estar juntos, del gusto, de la tradición familiar y cultural. En una palabra, del lenguaje. La existencia misma de una “Cocina”, de una cultura gastronómica, muestra claramente como el elemento alimentario es estructuralmente desviado de la huella de la naturaleza y va alienado al campo del Otro. Existe todo un saber (depositado históricamente en las recetas y en los tratados sobre el gusto y la alimentación) que inviste al alimento y lo separa irremediamente de su raíz natural. Era eso que, por ejemplo, hacía preferir a Sartre aquellas comidas donde sobre todo era perceptible y visible el trabajo humano, el artificio, la mediación cultural, la hegemonía del semblante.¹³ En este sentido la comida –pasada a través del filtro significante del discurso de la Cocina- es un hecho de la cultura: el pasaje de lo crudo a lo cocido signa para Lévi-Strauss la operación simbólica con la cual la Cultura, en la perspectiva estructuralista, se sustituye a la Naturaleza.¹⁴ Por esto, si se quiere, se evidencia el comportamiento fuertemente ambivalente de la anorexia-bulimia respecto de la mesa del Otro.

De una parte las anoréxico-bulímicas tienden a romper la regla general de la convivencia. Rehúsan comer, comen solas o hacen estragos en el código simbólico de estar juntos, devorando cantidades desproporcionadas de comida, sin criterio, fuera de horario, siguiendo solamente el ímpetu de una voracidad barbará. De este modo, apuntan a contradecir la ley de la alienación significante: se niegan a la mesa del Otro. El rechazo de alimentarse (anorexia), el comer nada o el comer todo sin distinción de sabores, de lo crudo o de lo cocido (bulimia), son las expresiones más inmediatas de esta negación.

Por otra parte la anoréxico-bulímica un verdadero saber sobre la comida. No solo un saber dietológico (calorías, combinaciones dietéticas, productos especiales, hipocalóricos para mantener el cuerpo delgado, etc.) sino también un profundo saber gastronómico, unido tantas veces a una particular en la manipulación culinaria. Pero es siempre al Otro que quiere ver comer: que el Otro coma es para ella una garantía. Antes que nada la garantía de poder sustraerse de la mesa del Otro. En segundo lugar la garantía sobre su culpa (el Otro también goza) y finalmente el hecho de que no será devorada por el Otro, por lo menos mientras el Otro coma.

Los estudios dedicados al nacimiento psicológico del niño confirman una hipótesis:¹⁵ *la satisfacción de las necesidades básicas no son suficientes para garantizar el nacimiento psicológico del ser humano.*

El sujeto no es un conjunto de necesidades primordiales sino que es fundamentalmente deseo de ser deseado. Es, como escribe Lacan retomando la lección hegeliana, “el deseo del Otro”. Deseo del Otro indica deseo no de alguna cosa, no de cosas, sino deseo de deseo, deseo de ser lo que puede faltarle al Otro, lo que puede cavar una falta en el Otro.

Si las necesidades naturales están necesariamente obligadas a pasar por la vía estrecha de la demanda dirigida al Otro, la dimensión del deseo se excava, como escribe Lacan, “más aquí y más allá de la demanda”. Más aquí porque toca el plano de la falta-en-ser que habita al sujeto en cuanto *parletre*, en cuanto subordinado al campo del

¹² J. Lacan (1958) “*La significación del falo*”. Escritos II

¹³ J.P. Sartre (1983) “*Conversaciones con J.P Sartre*”

¹⁴ Lévi-Strauss (1990) “*lo crudo y lo cocido*”

¹⁵ M. Mahler (1978) “*La nascita psicológica del bambino*”

lenguaje. Se trata por lo tanto no de la falta de una cosa sino de una “falta-en-ser”, una falta pertinente al sujeto como tal, como diferenciado de la plenitud estúpida de las cosas, como falta-en-ser. La demanda origina el propio movimiento, en esta falta que constituye su “más aquí”. Pero la dimensión del deseo es también, como afirma Lacan, *mas allá de la demanda*. Es mas allá de la demanda porque no existe satisfacción de la demanda, que pueda satisfacer plenamente el deseo. Porque cada satisfacción de la demanda deja un resto (“residuo de una obliteración” escribe Lacan), un resto que no puede satisfacerse. Este resto es exactamente el origen del deseo. Es el deseo. El deseo como tal excede cualquier demanda, aunque se constituya en la matriz. El deseo no es jamás deseo de alguna cosa, sino deseo de otra cosa. El deseo es errático, excéntrico, en constante superación de cualquier satisfacción posible. En este sentido Freud definía en *La interpretación de los sueños* el deseo inconsciente como un deseo “indestructible”.

Desde este punto de vista, es la anoréxica la que ilustra perfectamente, según Lacan, las diferencias dialécticas entre necesidad, demanda y deseo.

El sujeto anoréxico tuvo otro materno pronto a responder con rapidez a sus necesidades. Otro que se ocupó de asistirlo pero omitió de ceder junto a la comida el propio deseo, el propio amor. Sentirse “cero”, una “nada”, “sin identidad”, como frecuentemente lamenta la anoréxica-bulímica es la expresión de la ausencia de la acción particularizante del deseo del Otro sobre el sujeto. En vez de particularizar al sujeto aceptando su demanda de amor, el Otro de la anoréxica lo hartó de cosas, lo redujo a una bolsa vacía que debía rellenarse, a un objeto de su propio goce. El efecto particularizante es, en cambio, el resultado de la respuesta del Otro a la demanda de reconocimiento que el sujeto le dirige, mas allá de la satisfacción de sus necesidades. El Otro materno de la anoréxica-bulímica respondió a la demanda de amor ofreciendo cosas, alimento, “cebo”. Respondió desde el registro del tener. Dio aquello que tenía. Al contrario, la anoréxica apunta al deseo del Otro. Quiere del Otro no aquello que el Otro tiene, sino aquello que el Otro no tiene. Quiere del Otro el signo de su falta. En este sentido *la anoréxica muestra con claridad la heterogeneidad entre la dimensión de la demanda y la del deseo*.

La anoréxica reclama no tanto al Otro de la demanda sino al Otro del deseo. No basta que el Otro rellene el vacío de la necesidad con el alimento. Es necesario que otorgue al sujeto algo suyo. No casualmente Lacan observa que las hijas atendidas con mayor amor son aquellas que se transformaron en anoréxicas, donde el amor viene entendido en este caso, como algo que el Otro da al sujeto. Por lo tanto, es como una cosa entre otras. El Otro de la anoréxica puede haber también dado, como explica Lacan, el amor, pero lo dio con la misma lógica que dio la comida. Lo dio como se da eso que se tiene y no como el resultado de la propia falta. Lo asistió así como asistió al niño ofreciéndole los cuidados que necesitaba, sin que el amor pudiese introducir una diferencia esencial respecto de la simple satisfacción de la demanda, rehusando en su lugar cualquier cosa que provenga del Otro, la anoréxica muestra el fondo del deseo como irreductible a la lógica del comercio. No existe un objeto capaz de rellenar la falta-en-ser que el deseo revela en su raíz. Ningún objeto puede colmar esta falta. En este sentido la anoréxica prueba colocarse radicalmente del lado del deseo. Ella desea nada. Quiere comer la nada (“*rien*”), precisa Lacan.¹⁶ Quiere verdaderamente exhibir la diferencia ontológica entre el ser y el tener. Exigiendo la nada descubre la raíz última del deseo. Porque nada, ningún objeto, ninguna cosa, podrá jamás saturar la medida del deseo. La raíz etimológica del término francés *rien* proviene del latín *rem* que significa justamente “la Cosa”: objeto mítico, porque está perdido desde siempre, de un goce absoluto.

¹⁶ J. Lacan (1964) “*Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*”. Seminario XI

Lacan toca dos puntos del discurso anoréxico que la fenomenología clínica confirma constantes: el rechazo de la falta e inclinación hacia un goce radicalmente masoquista de un lado (anoréxico es rechazo a estructurar el destino necesariamente sublimatorio de la pulsión) y, del otro lado, extracción de la falta del Otro como producción de la propia (anorexia es supervivencia del deseo en su descarte ontológico de la necesidad).

Intentemos entrar en el merito de esta contradicción. Probemos entrar con una afirmación que la clínica confirma ampliamente: *el deseo de la anorexia es un deseo débil*. ¿Qué cosa significa? Para Lacan el deseo está estructuralmente coordinado al deseo del Otro. El deseo en efecto, viene del Otro. No existe deseo sin una pérdida de goce, sin un vaciamiento del goce del cuerpo, efecto de la acción del Otro sobre el sujeto. Es la condición para que la falta-en-ser se abra en el sujeto como efecto de la acción del significante. En este sentido el Otro, lugar de los significantes, barra la Cosa, hace padecer a la Cosa la propia Ley y de ese modo posibilita la producción del deseo, como efecto del vacío abierto en el lugar de la Cosa.

El Otro exilia al sujeto del goce de la Cosa: en este sentido se puede afirmar que cada pulsión está inhibida en la meta, destinada a girar en torno del vacío, que la exteriorización del goce producida por el significante ha inscripto en el sujeto. No se puede comer el objeto de la pulsión, no se puede ingerir el fantasma del seno, no se puede devorar la Cosa.

En la definición del origen subjetivo que Lacan formula en el curso del *Seminario XI* por medio de la referencia a la pareja *alienación-separación*, la entrada del sujeto en el campo del Otro, implica una pérdida de ser, como condición de una ganancia de sentido. El deseo tiene como condición lógica ésta *alienación significativa* del sujeto que lo marca como dividido y, por eso mismo, deseante. La *separación*, en un segundo tiempo lógico, es la continuación subjetiva de la alienación significativa. Es el modo absolutamente singular con el cual el sujeto se desengancha del Otro, se separa de la cadena significativa. Es allí que debemos situar el lugar del deseo. Deseo que el Otro abra en su seno una falta. Deseo de ser el deseo del Otro. Deseo de ser eso que le falta al Otro. Con la separación del Otro, el Otro no es más el Otro del tener, el Otro que posee los bienes, el saber, el dinero, la papilla, etc., es también el Otro que falta, el Otro en condición de falta-en-ser, el Otro del deseo. En este sentido la pulsión es un movimiento que trata de cavar un vacío en el Otro, de modo que en el Otro se abra una falta en la cual el sujeto pueda inscribirse. Este es el canibalismo de fondo de la pulsión oral. Eso que hace decir al amante en el momento culminante de su pasión amorosa: “te comería, te devoraría...”. O sea: “quisiera abrirte un vacío, el vacío de la falta, quisiera ser lo que te falta”. El sujeto intenta encontrar en el Otro, por medio del movimiento pulsional, lo que perdió con la alienación significativa. Intenta encontrar en el Otro el objeto perdido. En este sentido el objeto de la pulsión es siempre nada. Es siempre un vacío. El vacío que el movimiento pulsional no puede rellenar, sino solamente bordear. Es el mismo vacío que el sujeto se esfuerza en hacer surgir en el Otro. En la separación, el sujeto quiere hacer surgir en el Otro, aquella parte de sí mismo que ha perdido. Es el Otro la causa de esta pérdida y es también en el Otro que el sujeto busca, más allá del Otro, su parte perdida. “En ti más que tu”, escribe Lacan, para indicar la irreductibilidad del objeto perdido, objeto (a), a cualquier otro objeto. En el Otro, más allá del Otro, el sujeto busca de aislar y de reencontrar su objeto perdido, aquella parte de goce que la acción alienante del Otro arranca del objeto mismo.

En la anorexia el deseo es débil. Ello no se funda sobre la falta-en-ser sino sobre su rechazo. En la psicosis no existe deseo propiamente dicho, porque el sujeto está constituido como objeto del goce del Otro. Tenemos entonces la *alienación* (ningún ser humano, en cuanto ser hablante, está dispensado de la alienación significativa) pero *sin*

separación: el sujeto no se instituye como objeto, sino que permanece como envuelto en el Otro; es objeto del goce del Otro.

Si la histeria pudo hacer visible la estructura metonímica del deseo (su radical insatisfacción) y su apertura al Otro (como tal el deseo es siempre deseo del Otro), la anorexia evidencia que, en su raíz, el deseo humano es deseo de nada. Es esta la verdad estructural del deseo, que la anoréxica manifiesta. El punto es que en la anorexia el deseo se revela como débil, porque aunque vaciándose para salvaguardarlo, el sujeto no se encuentra en grado de asumirlo como tal. Su enunciación del deseo, es al final, un programa abstracto. El deseo anoréxico es débil porque no vale como imperativo ético: al contrario, la anoréxica es un hundimiento sobre el propio deseo. Es un empobrecimiento progresivo del deseo. Es un derrumbe del deseo.

Sobre la anoréxica, Lacan nos da, dos indicaciones que van en sentido contrario: anorexia y “apetito de muerte” y, conjuntamente, anorexia y “deseo”, aunque solo como rechazo. ¿Cómo podemos traducir o por lo menos considerar esta contradicción? La propuesta, desde el psicoanálisis, es la siguiente fórmula: *anorexia=separación-contra-alienación*. Se trata claramente de una formulación que debe ser articulada.

El apetito de muerte, la nostalgia por lo entero antes del destete, indica en efecto un rechazo de la alienación significante.

La anoréxica, llenando su vida mental de comida, tiende a rechazar la dimensión de la falta que el significante abre en el sujeto. Tiende a rechazar la pérdida de la Cosa.

Pero volvamos ahora sobre la pareja alienación-separación. Su funcionamiento en el origen subjetivo impone que el sujeto entre como muerto en el campo del Otro, aunque el partido lo jugara como vivo.¹⁷ Aquí se resumen los dos tiempos de la alienación (se entra siempre como muerto en el campo del Otro), en el sentido en que donde está el Otro, la cosa fue sustraída) y de la separación (atañe a cada uno jugar el partido sublimatorio de cómo elevar un objeto (a) la dignidad de la Cosa).

¿Pero como entra la anoréxica en el campo del Otro? Entra esencialmente con un truco, con un engaño. El truco consiste en *hacerse la muerta* para no encontrar la letalidad, esta sí verdaderamente mortificante, del significante. El truco es no desear nada (jugar el partido como muerta viviente), pero sólo para sostenerse como sujeto de un deseo puro, ascético, no mellado por la castración. Hacerse la muerta para el Otro, para evitar el exilio mortal que el Otro impone de la Cosa. Para evitar el deseo del Otro. *La separación* (la reivindicación de la diferencia entre la necesidad y deseo) *sirve de ese modo para negar la alienación* (ya que la alienación no se puede negar en cuanto forzada). Y allí la paradoja: la anorexia es una operación para el deseo por la supervivencia del deseo, pero es también la aniquilación nirvanica del deseo. Es un *nihilismo del deseo*. Son estos dos extremos del discurso anoréxico, que la aporía de Lacan nos permite iluminar: obstinada defensa de la causa del deseo y desamparo del deseo por un puro goce, hundido en la nostalgia imposible por lo entero, dominio de la pulsión de muerte. Dos extremos que la clínica reúne en la verificación de cuanto le cuesta a la anoréxica, al límite de sus posibilidades, integrar algo del goce (de la satisfacción pulsional) en el deseo (referido a la falta-en-ser).

¹⁷ J. Lacan (1966) “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. Escritos II

LA MADRE-COCODRILO

En el Seminario XVII titulado *El envés del Psicoanálisis*, Lacan nos ofrece una imagen inquietante del deseo de la madre: la boca abierta de un cocodrilo, en el interior de la cual se encuentra, encastrado, el niño.¹⁸

Esta imagen personifica el fantasma (tan vivo en muchas anoréxicas-bulímicas) de una madre insaciable, aterrorizadora, fagocitadora. Otro devorador que no conoce otra Ley que no sea la del propio apetito.

Pero más precisamente la fórmula freudiana que para Lacan gobierna el deseo materno respecto al niño está construida sobre esta equivalencia fundamental: *el niño es el sustituto (siempre insuficiente) del falo* (donde por falo entendemos, siguiendo la enseñanza de Lacan, aquel significante en grado de hacer simbólicamente un signo de la falta, pero también aquel elemento imaginario que ilusoriamente puede encarnar la saturación de la falta, además de la función real sostenida por el órgano sexual, que hace posible la copula). La necesaria insuficiencia de ésta sustitución no impide que el niño ocupe estructuralmente la posición de objeto para el Otro, de objeto-tapón de la falta del Otro. El niño querrá en efecto, ser el *sustituto suficiente del falo* para satisfacer al Otro y obtener así un reconocimiento como sujeto.

La cuestión de fondo en la relación madre-niño, escribe al respecto Lacan, “consiste en concebir como el niño, en su relación con la madre (relación que en el análisis está constituida no como de la dependencia vital, sino de la dependencia de su amor o sea del deseo) se identifica al objeto imaginario de ese deseo en cuanto la madre misma lo simboliza en el falo”.¹⁹

De tal modo el niño se transforma para el deseo materno, en el objeto que puede saturar su falta-en-ser. En este caso el deseo femenino, el deseo de la mujer, parece ser completamente absorbido en el deseo de la Madre. Las mandíbulas del cocodrilo se cierran. Y esto sucede precisamente cuando el deseo materno ofusca el deseo femenino; cuando, en otras palabras, la madre anula a la mujer. El límite al canibalismo materno se pone en funcionamiento por el significante edípico del “Nombre del Padre”. Para permanecer en la imagen del deseo de la madre-cocodrilo, esta función se representa como un pab atravesado entre las fauces que le impide cerrarse, manteniendo la diferencia entre ser-mujer y der-madre que es la condición de base para que el niño no resulte el objeto-tapón de la castración del Otro materno.

Esta *función diferenciadora* desarrollada por el Nombre del Padre, pero transmitida en la palabra de la madre, sirve como condición para la creación de un lugar para el sujeto, que de otra forma sería reducido al objeto del goce exclusivo de la madre: Lacan llama a esta operación “metáfora paterna”, un significante, el Nombre del Padre, se sustituye a otro significante, el Deseo de la Madre y esta sustitución introduce la función normativa y ordenadora de la castración, de la limitación del goce y, al mismo tiempo, predispone la significación fálica; orienta el deseo de la madre hacia la incógnita fálica separándola del objeto-niño.

La clínica de la anorexia es una *clínica del Otro materno*. La dependencia absoluta del Otro materno es un rasgo fenomenológicamente recurrente de la experiencia anoréxico-bulímica. Es el índice de un defecto en la articulación de la metáfora paterna: algo de esta metáfora se inscribió demasiado débilmente. El deseo de la madre no estuvo suficientemente barrado, limitado, contenido por la función paterna. Pero no se trata necesariamente de una forclusión del Nombre del Padre sino más bien de una debilidad den el ejercicio de su función ordenadora respecto al deseo de la madre.

¹⁸ J. Lacan () “*El envés del psicoanálisis*”. Seminario XVII

¹⁹ J. Lacan (1966) “*De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. Escritos II

El sujeto anoréxico se encuentra en la boca del cocodrilo, sosteniendo por sí mismo la suplencia de la barra, cuya titularidad correspondería justamente al Nombre del Padre. Entonces la anoréxica transforma, por así decirlo, la imagen de su propio cuerpo, convirtiéndolo en la barra que encarna la función paterna.

En la posición anoréxica, si el sujeto intenta salir de la boca del Otro devorador, se arrastra a ser devorado; el único modo de sobrevivir al canibalismo del otro es, entonces, permanecer inmóvil, en una posición de rechazo total de lo que proviene del Otro. Por ello es necesario mucha delicadeza en el analista, al desidentificar al sujeto de esta posición: se arriesga a que caiga en las fauces del Otro. Riesgo que se evidencia en modo particularmente preocupante en las anoréxicas-bulímicas de estructura psicótica donde justamente para protegerse del Otro devorador, el sujeto erigió el dique anoréxico.

La clínica evidencia la relación ambivalente del sujeto anoréxico-bulímico con el Otro materno; si por un lado se pone en acción una maniobra de separación a través de sustraerse al canibalismo materno (no comer para no ser comido), por otro lado asistimos a un tipo de relación que el psicoanálisis postfreudiano califica es el área de la llamada simbiosis; el sujeto anoréxico se siente nada sin el Otro pues vive en realidad para el otro.

Es un elemento recurrente en las historias clínicas el hecho de que la relación del sujeto con el padre esté siempre signada de una forma de ausencia. No necesariamente en lo real, donde puede no funcionar demasiado un Padre, sino que es esencialmente a nivel simbólico, allí donde el significante “Nombre del Padre” no se inscribió suficientemente en el inconsciente del sujeto, donde esta ausencia se revela. Esta inscripción faltante puede depender del Otro materno, que inicialmente debe introducir la función normativa del Padre. Existen muchos casos de familias de sujetos anoréxico-bulímicos donde la palabra materna actúa como demolición sistemática y descalificación continua de la palabra paterna. O bien sucede que el deseo de la madre no signifique fálicamente el Nombre del Padre, representándolo en consecuencia como una autoridad formal, privada del sostén del deseo. De allí la serie frecuente de padres impotentes, débiles, castrados por otro materno que no le reconoce ningún valor fálico.

Concierne entonces a la anorexia como “invención” subjetiva operar esa separación del Otro que la acción normativa del Nombre del Padre debería facilitar.

EL GOCE DE LA IMAGEN

La anorexia es un modo de hacer valer al poder de la imagen contra el poder del significante como lo que impone al sujeto un “sacrificio de la carne”. Entonces el sacrificio anoréxico es en realidad tal, solo en cuanto apunta a evitar el sacrificio simbólico de la castración. En este sentido la luna de miel del estadio del espejo tiene un final trágico. El hecho de que la imagen este sustraída al sujeto, es un modo de introducir la función del objeto (a), el objeto perdido del deseo como resto de la Cosa, en el sentido de que la imagen especular que restituye mi identidad es aquella perdida, sustraída, dice Lacan.

La anorexia es, entonces, una tentativa de recuperar, mediante una identificación idealizante narcisístico-tautológica, la imagen sustraída del espejo. Es la tentativa imposible de oponerse a la pérdida de la imagen, buscando construir una equivalencia narcisística yo=no yo sin pérdida. No casualmente en “Introducción al narcisismo” encontramos una definición absolutamente inaudita del yo. Freud lo define como un “reservorio de libido”, subvirtiendo toda una tradición que se encuentra también en el postfreudianismo como dominante (véase por ejemplo la Psicología del yo, la cual propone el yo como una instancia deliberante).²⁰

De este modo se ofrece una imagen del yo que es una imagen plena de goce. Estamos en las antípodas de una perspectiva que considera al yo como la esfera de la instancia de la conciencia, “libre de conflictos” y “autónoma”. Al contrario, para Freud el yo es un reservorio de goce, un reservorio de libido: sobre él convergen cargas libidinosas convirtiéndolo en una suerte de reserva permanente. Freud teoriza que el sujeto humano construye sus primeras identificaciones sobre dos objetos fundamentales: el primer objeto es el propio cuerpo, la imagen del propio cuerpo, mientras el segundo está construido por el Otro materna. Por eso para Freud el yo es el primer objeto de inversión narcisística, de inversión libidinoso. Es un reservorio de goce. Entonces la libido es esencialmente narcisística porque se deposita originalmente en el yo; el yo es estructuralmente narcisístico. Este concepto freudiano se encuentra en Lacan, cuando introduce en “La cosa freudiana” el “carácter irreductible de la estructura narcisística”. Esto significa que existe un *goce que atañe a la imagen* y que está afuera de lo simbólico, afuera del orden de la Ley simbólica; goce que “queda más acá” de la acción normativa y estabilizadora del lenguaje.

Este resto de libido que atañe a la imagen y que no cede a la Ley simbólica indica la obstinación del goce narcisístico, su insistencia no plenamente simbolizable. Una imagen que debe obedecer al yo ideal. Y entonces si debe no realiza todavía el yo ideal. Aspira a realizarlo, pero no puede lógicamente estar en condiciones de hacerlo. Esta aspiración empeña íntegramente al sujeto. No obstante, la búsqueda anoréxica de la coincidencia imaginaria con el yo-ideal, que se ubica como fundamento de la “voluntad de adelgazamiento” está destinada al fracaso. El testimonio de este fracaso es el modo con el cual la anoréxica alucina la percepción del propio cuerpo: aunque tenga su cuerpo reducido a un esqueleto viviente, existe siempre en alguna parte un exceso de carne, una excrecencia, un exceso de grasa.

El yo ideal de la anoréxica es un yo tiránico que impone un vasallaje absoluto. Pero esta obediencia en cuanto absoluta es anti-dialéctica: la anoréxica no quiere otra cosa que poder coincidir con lo imposible. Este es un delirio de base. La imagen estética-ideal del cuerpo-delgado se transforma en el patrón del cual la anoréxica se convierte en sirviente. En este sentido, su proyecto de dominio de lo real pulsional del cuerpo a través de la imagen estética se convierte en una nueva servidumbre. La servidumbre del

²⁰ S. Freud (1914) *Introducción al narcisismo*. L XXXVII

ideal (superyoico) del adelgazamiento del cuerpo, cuyo valor estético-imaginario no consiste tanto en la exhibición de una belleza formal del cuerpo perceptivo, cuanto en la realización de una suerte de dominio estoico de sus propios apetitos cuyo objetivo es el gobierno (por privación) del cuerpo pulsional (aunque si la clínica enseña que la anoréxica en su delirio a menudo se ve bella).

La operación simbólica de la castración deja un resto peculiar en la anorexia. Un resto hecho de *imagen más goce*. Por ello la imagen del cuerpo-delgado en la anorexia es el contrario de una imagen evanescente. Es más bien una imagen que ejerce sobre el sujeto una atracción radical, al punto que sujeto parece hecho, constituido, de esta imagen. En este sentido lo que causa la *fijación a la imagen* (el ideal fijado a la imagen anoréxica) es exactamente el hecho de que la imagen esta embebida, esta amasada de goce. Es lugar de un goce libidinoso. Esto resalta la elevación del cuerpo anoréxico a la función perversa del fetiche. Es la imagen anoréxica del cuerpo-delgado que parece velar el corte de la castración sobreponiendo a sí misma como una suerte de objeto fetichizado. De aquí la obsesión escópica por la imagen. La anoréxica debe poder corresponder perfectamente al Ideal de la delgadez, debe poder reducir el propio ser hasta los huesos, despuntando del cuerpo, haciendo signo de una posible denegación perversa de la castración.

EL ESTRAGO ANORÉXICO

La anorexia no es de género femenino por casualidad o por la industria de la moda. La causalidad social en psicoanálisis jamás es pensable como una causa eficiente. La anorexia es a lo femenino no por sociedad sino por estructura: la anorexia es una posición del sujeto estructuralmente afín a la feminidad.

La afinidad estructural entre anorexia y femenino concierne sobre todo a la esencia del discurso amoroso. Por amor, para ser la única, ella solo para el Otro, en el deseo del Otro, una mujer puede llegar a consumir sin reservas el propio ser. Esta disipación sin medida, este desgaste infinito en la pasión amorosa en relación al régimen del goce (fálico) del tener, al cual, en cambio, tiende a consagrarse el hombre. El tener, sin el signo de la falta del Otro, no satisface la demanda intransitiva del amor. Anorexia es un nombre de esta demanda pero también de su desviación patológica: para obtener el signo de amor, el sujeto puede llegar al extremo de consumir todo su ser, puede hacer de su ser un cumulo de ruinas.²¹

La pena de amor no circunscribe enteramente la posición anoréxica del sujeto. El nihilismo de la anorexia no es en modo unívoco un romanticismo. La búsqueda y la demanda infinita del signo de amor pueden invertirse en su contrario, resistente a toda dialéctica. Puede devenir estrago, odio puro, rechazo sin apelación del Otro. El sujeto femenino no usa solamente la anorexia para extraer del Otro el signo de amor, sino también para destruir al Otro del amor como tal. Este estrago del lugar del amor es un tema de la anorexia contemporánea, que abre, no tanto una clínica del signo, sino una *clínica del vacío*.

Ravage (estrago) es el término usado por Jaques Lacan para indicar el drama que puede señalar la relación madre-hija. Relación de amor y de odio, cuerpo a cuerpo, devoración y rechazo recíproco, vínculo desesperado, imposibilidad de la separación e imposibilidad de la unión. El campo llamado pre-edípico se caracteriza en efecto, por la existencia de *odio-amor* que tiende a anular la referencia al otro como tercero asimétrico. El falo, no es aquí la X de deseo, sino que se juega en una especularidad desesperada: es la madre que lo posee y lo retiene ávidamente para sí misma; o es la niña que lo encarna, transformándose en un ídolo de oro del cual la madre será su prisión eterna. La anorexia es en lo femenino también porque es un reflejo trágico de este vínculo devastador. El estrago del cuerpo realizado en la anorexia puede mostrar como el odio y el amor se transfieren el uno en el otro, sin discontinuidad: porque te amo de un amor imposible, te odio con todas mis fuerzas posibles. “Te amo”, pero para que reste Otro de mí, “te odio”.

Estrago del ser (anorexia) y estrago del tener (bulimia) muestran el cuerpo no como teatro de una verdad reprimida –como sucede en el cuerpo histérico– sino como una llaga, corte, herida real. La penuria de padre simbólico permite que el estrago madre-hija llegue al colmo. El tormento desesperado de la pareja no es, en realidad, un tormento de amor, porque en él no existe amor por la alteridad del otro, sino solo un tormento (reivindicando hasta la persecución) de la igualdad, una recíproca aniquilación.

La maternidad no se libera de un fantasma de apropiación fálica y la paternidad no se realiza como renuncia al Uno. La boca de cocodrilo de la madre-toda-madre fagocita al niño-falo, desconociendo la ley del padre. Como la drogadicción, la anorexia y bulimia son opciones subjetivas alternativas a la vía edípico. El drama entre dos del estrago madre-hija, de lo preedípico, se repite en la relación con la sustancia: la Cosa sobrevive en el hambre sin límites al que aspira el sujeto anoréxico-bulímico. Podemos tomar fácilmente los enunciados con los cuales el sujeto anoréxico-bulímico define su

²¹ M. Recalcati (1997) “*La última cena: anorexia y bulimia*”. Ediciones del Cifrado

relación de dependencia con el alimento, y notar su total analogía con los que definen su relación con el Otro materno.

El toxicómano vive a través de la potencia de la sustancia. La ilusión de dominio fálico del goce es su *leit-motiv*. En la anorexia, en cambio, la potencia no es la de la sustancia, (la cual está literalmente reducida a “nada”) sino la de la imagen del cuerpo. Una cuasi-sustancia, la nada, que sin embargo la feminidad sabe elevar a significante del deseo del Otro, y que en cambio la anorexia logra solo fetichizar. El ídolo anoréxico demanda el sacrificio y no la realización de la feminidad. La potencia de la imagen del cuerpo-flaco no está para nada en relación a un mas allá del goce fálico, sino que refleja plenamente el régimen obsesivo del tener.

CIRCUITO DEL GOCE Y CIRCUITO DEL DESEO

La posición del sujeto anoréxico-bulímico es, en efecto, una posición signada por una forma de paralelismo estructural entre el circuito del goce y el circuito del deseo.

Del punto de vista clínico, el circuito del goce debe ser rubricado bajo el signo de la pulsión de muerte y del mas allá del principio del placer, en que el masoquismo ofrece una concisa representación allí donde exhibe al sujeto como estructuralmente contra si mismo. Este circuito tiene la característica de ser un circuito cerrado, funcionando en si mismo. La temporalidad que lo orienta es la de la compulsión a la repetición. Es una temporalidad bloqueada, congelada. Es una temporalidad autística que tiende a excluir al Otro. El goce, como Lacan explico, no se encuentra del lado del Otro, sino del lado de la Cosa. De la parte del Otro, orientado hacia el Otro, está el deseo y no el goce.

El circuito del goce es un circuito autoeróticos. Todo gira en torno al cuerpo, pero paradójicamente sin implicar, en el giro, al Otro. Este circuito está signado por un pleno, o mejor, por demasiado-pleno. La dimensión del goce es una dimensión real en cuanto excluye por principio la dimensión de la falta y la del sentido. Su modelo clínico mas evidente está representado en la crisis cíclica, en perpetua repetición, de la bulimia: el alternarse de comilonas y vomito.

De una parte entonces, el vomito es funcional a la repetición continua de la serie de las comilonas, porque vaciando el cuerpo del goce lo prepara a un nuevo exceso. Por otra parte, puede ejercer la función de invertir la dirección del sujeto: *no vomita para continuar comiendo sino que para continuar vomitando es que come*. El vomito no está relacionado a las exigencias del comer, del llenarse, sino que muestra el goce especial del vacío, junto a la inconsistencia del objeto-comida, que revela en su raíz no una sustancia sino *la anulación de cualquier sustancia*.

De esta forma, el vomito prefigura arcaicamente la acción de la función paterna, en tanto instaura un umbral, escribe un limite, un borde: “¡mas no se puede, mas es imposible!”. Consecuentemente mete en función la oscilación mínima entre la presencia y la ausencia, que constituye la articulación esencial de la función simbólica como tal (el *fort-da* del juego del carretel del pequeño Ernest comentado por Freud): oscilación de presencia y ausencia. Sin embargo en el caso de la adición-sustracción de un alternarse entre el vacío y lo lleno. Más que construir, anticipa la dialéctica simbólica propiamente dicha.

Los sujetos anoréxico-bulímicos que no logran vomitar son aquellos que muestran una mayor angustia persecutoria hacia el objeto- comida, porque una vez incorporado, promueve en el sujeto violentos sentimientos de indignidad, malignidad, destrucción bajo el signo de una angustia radical. El vomito sirve entonces al sujeto también para atenuar esos efectos. Es esta su función esencial de sustitución del Nombre del Padre en los sujetos anoréxicos-bulímicos de estructura psicótico: conservación de la propia unidad imaginaria amenazada por la sensación de fragmentación del cuerpo causada por su deformación real provocada por la asimilación de la comida. Como prefiguración primordial de la función paterna, primordial porque es real y no simbólica, el vomito erige una especie de barrera respecto a otro maligno que se presenta imaginariamente en la persecución del objeto-comida.

Si el vomito, en cambio, invierte el circuito de la adición-sustracción del goce, entonces el acto de comer se revela en su naturaleza pulsional mas pura. La bulímica de hecho no come por comer, come para gozar. No de la comida evidentemente, sino de la nada que termina por encontrar, gracias al vaciamiento hecho posible por el vomito, a fondo, de la sustancia que ingresa.

En la anorexia llamada “restrictiva” el circuito del goce está en cambio asociado a la primacía que el Ideal tiende a ejercer sobre la pulsión. Este dominio apunta a cerrar el camino del deseo. El sujeto anoréxico declara con una cierta superioridad que no desea nada, que no quiere nada, que no le falta nada. La nada que la bulímica encuentra al fondo de la sustancia-comida, la anoréxica la presenta transversalmente al Otro. Es un cierre respecto al deseo del Otro, o para poder desautorizar la castración del Otro y gozar en paz de su cuerpo-fetiché (es la característica perversa verificable en muchas anoréxicas), o para provocar en el Otro la apertura de una falta, allí donde el Otro viene tomado como rehén (es la característica histérica de base de la anoréxica-bulimia), en el chantaje anoréxico.

El problema de la clínica en la anorexia-bulimia desde un punto de vista general, está asociado a la dificultad de articular una demanda de cura verdadera, una demanda subjetiva. Esta dificultad radica en el paralelismo existente entre el circuito del goce y el del deseo. En el sentido en que la organización cerrada, autística del goce, no entra en la dialéctica del deseo. Más aun, en la anorexia-bulimia es el circuito del goce que se impone al movimiento del deseo determinando, por ejemplo, un difícil desarrollo de la transferencia en la cura.

El circuito del deseo no está cerrado en sí mismo, como el circuito del goce, sino que se halla abierto en dirección al Otro. La naturaleza intersubjetiva del deseo ya estuvo señalada, antes que de Freud y Lacan, por Hegel. El deseo es deseo del Otro, es deseo de reconocimiento, es el deseo de ser deseado. Este es el fondo esencial de la doctrina hegeliana del deseo.²² Entonces, cuando Lacan afirma que el deseo “viene del Otro”, entiende justamente remarcar la estructura plenamente intersubjetiva del deseo, abierta de par en par hacia el Otro. Si el goce está cerrado en sí mismo, es una plenitud que rechaza la alteridad del Otro, el deseo es, al contrario, una apertura al Otro. No es una plenitud, es un vacío. El vacío de la falta-en-ser. El deseo, como ya vimos, está radicado en la falta. Es la instancia de la falta. Es el modo en que la falta se presenta en la existencia. Desear es, en efecto, faltar. Sólo quien falta, puede desear. El deseo es el signo de la falta. Por eso el circuito del deseo está ordenado en torno a un vacío. Este vacío abre al sujeto en dirección al Otro, lo empuja a buscar en el Otro el modo para superar su falta, para encontrar una respuesta a su falta, para encontrar aquel deseo que busca para poder sentirse deseado.

La anorexia-bulimia es un modo de articulación del circuito del deseo. es una posición subjetiva que en la anorexia, tiende a mantener el espacio del deseo de frente a otro materno invasor, que confunde constantemente la diferencia constitutiva entre el deseo y necesidad. Otro que trata al deseo como si fuese una necesidad de una cosa, desconociendo el carácter antropogénico: el deseo es deseo del Otro y no de papilla. En el caso de la bulimia en cambio, señala el impasse del deseo. En el sujeto prepondera el circuito del goce por sobre el circuito del deseo. La crisis bulímica indica una sumisión del deseo en relación al goce. Es solamente con la evacuación posibilitada por el vomito, que el sujeto reencuentra el vacío, que no se transforma en falta pues impulsa en modo acéfalo al sujeto, según la lógica de la repetición, a un nuevo e inmediato “rellenado”. El vacío bulímico es, en efecto, un vacío que no tolera el tiempo. La voracidad bulímica es el índice de esta suspensión imaginaria de la irreversibilidad del tiempo, en la tentativa desesperada de frenar su fluir, de sustraerse a su acción alienante que desprende al sujeto de la Cosa. Es la tentativa de hacer *coincidir el objeto-comida y la Cosa*. De inmovilizar al sujeto en la repetición de una primera satisfacción en realidad irrecuperable. El objeto-comida toma el lugar del objeto que causa el deseo. se transforma en eso que mueve al sujeto según una modalidad irresistible. Porque todos los objetos no valen nada si no son comida.

²² F. Hegel (1976) “*Fenomenología del espíritu*”. Nuova Italia

El todo de la bulimia es el todo de la pulsión oral. Es el todo de devorar. Es el todo de una sustancia sin objeto. Porque en la crisis bulímica se eclipsa el sujeto, se verifica su desaparición como sujeto. Existe solo el devorar. Voracidad devoradora fuera del discurso. Por ello el universo alimenticio pierde sus características diferenciales y se reduce unívocamente al absoluto de la comida. De este modo la Cosa es convertida imaginariamente en la comida, en cuanto objeto real no simbolizable, sustancia a devorar más allá de cualquier diferencia significativa. De la misma forma el discurso bulímico transforma las escansiones significantes de las palabras en un todo indistinto que sigue un movimiento torrencial, en constante aceleración, logorreico, clínicamente de tipo maniaco. Es en este punto, relativo a la relación con el objeto llamado parcial, que el discurso kleiniano lleva a distinguir estructuralmente la anorexia de la bulimia y a señalar sus diferencias. La anorexia diciendo “¡no!” a la comida, se protege de las represalias del objeto malo, mientras la bulímica, que no puede decir “¡no!”, vendría en cambio, atropellada.

Anorexia y bulimia están signadas por una pertenencia/exclusión recíproca que las constituyen todavía como un único discurso. Un discurso único del que es posible distinguir dos declinaciones: la anoréxica y la bulímica. Una presenta el dominio del Ideal, la otra, la pulsión; una el dominio imaginario del Yo, la otra la sumisión del sujeto bajo el impulso imperativo del goce. el “sí” (bulimia) y el “no” (anorexia) son modos en los que el sujeto se enfrenta, mas que con el objeto, con el Otro. La anoréxica, diciendo “¡no!”, introduce un principio de separación con el Otro; la bulímica parece en cambio abandonar el sujeto al Otro, a la voluntad del Otro. Es una inmovilización del sujeto en el Otro materno que no le permite encontrar su propio lugar. Esta inmovilización toca un aspecto central de la sexualidad femenina.

Mientras la libido masculina se desarrolla según una referencia constante a la madre como objeto del deseo, el Edipo femenino implica en cambio una ruptura con este primer objeto de amor. Existe, en el desarrollo de la sexualidad femenina, la necesidad de una separación más, de un desgarrón ulterior con el Otro materno. La bulimia se produce entonces como una fuerte resistencia a este corte, reafirmando el vínculo con el Otro materno como fundamental. El todo que la bulímica persigue es, justamente, de ser-un-todo con el Otro materno.

La clínica presenta cada vez con mayor frecuencia cuadros mixtos anoréxico-bulímicos. El sujeto es impulsado al Ideal anoréxico del cuerpo-delgado, al dominio total, a través de la privación, de la pulsión; pero este dominio se debilita, se consume en las crisis bulímicas en las que el sujeto viene sometido a la irrupción del real de la pulsión. Entonces el vómito la única chance del sujeto de restaurar el Ideal del cuerpo-delgado. Es a través de su práctica metódica que se impide la incorporación del alimento y de ese modo, la conservación del Ideal. Esta conservación se sustenta mediante al aporte de un objeto-inmundo como el vomito. Es lo inmundo que sostiene el trono del Ideal. Paradoja que abre una división en el sujeto. En este sentido debe ser leída la constatación fenomenológica según la cual cada vez mas la anorexia y la bulimia están, en la clínica actual, en una relación de inversión y de alternancia. De inversión porque una se vuelca en la otra; de alternancia porque a la afirmación maniaca del Ideal anoréxico sucede el desbarrancamiento depresivo provocado por el hundimiento bulímico. Inversión y alternancia, como ya dijimos, responden a una sola lógica que es, en última instancia, la lógica anoréxica: *efectuar un dominio del Ideal por medio de la privación*. Cuando esta lógica se rompe por la crisis bulímica, entonces es el vomito que recupera la esencia, pero con un retardo fatal, cuyo eco moral aplasta al sujeto bajo el peso de una culpa intolerable.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE ANOREXIA EN FREUD

Hay que comer para vivir y no, vivir para comer dice el dicho popular.

La paciente con anorexia parece plantear otra posibilidad: no comer para vivir, haciendo gala de esa actitud que Ch. Laségue describe como “*seguridad satisfecha*”, “*optimismo inexpugnable contra el que se quiebran las suplicas y las amenazas*”. El Otro se quiebra, y ella, la sujeto con anorexia permanece incólume.

¿Qué es esta fuerza indómita en la que se afirma el cuerpo de la anorexia? Cuerpo que, a menudo, en su propio deterioro alcanza un nuevo equilibrio. Pero, decir equilibrio sugiere a su vez un límite, un borde.

Comenzamos así un recorrido por textos de Freud en el intento de ubicar puntos de referencia que nos permitan cernir algo en torno a este padecer.

Son ellos:

Un caso de curación por hipnosis (1892/3)

Estudios sobre la histeria (1893/5)

Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos (1893)

La etiología de la histeria (1896)

UN CASO DE CURACION POR HIPNOSIS: se trata de una joven mujer cuyo propósito, renovado cada vez, de amamantar a su hijo recién nacido (son tres hijo), se ve imposibilitada hasta que interviene la sugestión hipnótica. Tal incapacidad resulta de un complejo de síntomas subjetivos, escasa secreción de leche, dolor en los pechos al intentar amamantar, insomnio, **vómitos aun antes de comer, irritación ante la comida e inapetencia hasta una peligrosa repugnancia a alimentarse**, a los que se suman los signos objetivos en el tracto intestinal y un estado de desazón y enojo por su ineptitud para amamantar y por **no poder eliminar con su sola voluntad la anorexia y sus otros síntomas**.

La lactancia del primer hijo, intentada en vano durante catorce días quedo finalmente a cargo de una nodriza, con la consiguiente desaparición de las pesadumbres maternas. Después del segundo parto y con el resurgimiento de los síntomas, los médicos no consienten en que el intento de amamantar prosiga esta vez por más tiempo, y aconsejan sugestión hipnótica bajo la asistencia de Freud.

Freud publica este caso por “*su virtud probatoria*” en tanto el éxito terapéutico obtenido pudo tener “*un control rara vez posible*”

Ya en el inicio del tratamiento Freud subraya no contar con gran confianza de parte de la enferma pues “no me saludo como a quien podía sacarla del aprieto”.

No obstante, tales impedimentos fue posible cancelarlos en una segunda hipnosis en la que Freud le ordena increpar a su familia: “que dónde estaba la comida, que si tenían el propósito de hambrearla, con qué creían que alimentarían al niño si ella no comía nada”, convirtiéndose la paciente a partir de entonces en una excelente nodriza. Exigencia de ser alimentada y **reproches nunca antes dirigidos a su madre** que provocan extrañeza en su marido. Un año después en igual ocasión y tras dos nuevas hipnosis “el complejo de síntomas fue extirpado de manera total”. La señora amamanto igualmente a este hijo sin dificultad y gozo del más imperturbado bienestar.

En relación al éxito terapéutico podemos señalar dos momentos en el primer momento con Freud. Practicada la primer hipnosis el resultado es satisfactorio, la enferma se alimenta y amamanta; sin embargo, observa Freud “algo que para mi era garantía del éxito, curiosamente no había hecho impresión alguna sobre la enferma y sus allegados”.

Éxito efímero que se desvanece al día siguiente con la reaparición de los mismos padecimientos, y que lleva a Freud a decir: “no tuvo efecto alguno mi argumento de

que, puesto que ella se había convencido de que la perturbación podía ceder, y en efecto había cedido por medio día, todo estaba ganado”.

Caso de “histeria ocasional” en el que Freud infiere como mecanismo psíquico el gobierno de la voluntad contraria sobre el cuerpo: las representaciones penosas contrastantes, que la conciencia normal inhibe y rechaza, son las que en el momento de la predisposición histérica (agotamiento histérico) salen a la luz y se objetivan vía innervación corporal convocando todos aquellos síntomas subjetivos que una simuladora fingiría para sustraerse del amamantamiento y, además una serie de signos objetivos que la simulación no podrían reproducir

Causa ocasional que lleva a la producción del complejo sintomático es, en este caso “la excitación previa al primer parto o el agotamiento que le siguió, puesto que el primer parto corresponde a la máxima conmoción a que esta expuesto el organismo femenino y a consecuencia de ella la mujer suele producir toda clase de síntomas neuróticos para los cuales la predisposición dormita en ella”.

Se trata en verdad del organismo femenino, ¿o más bien debemos pensarlo como la conmoción producida en la mujer en su acceso a la maternidad?

En su libro “La familia” Lacan refiere que “en el amamantamiento, el abrazo y la contemplación del niño, la madre, al mismo tiempo, recibe y satisface el más primitivo de todos los deseos”.

Es ante la extrañeza del marido que esta mujer dirige por primera vez reproches a su madre. Qué de la relación con ella se reedita en el momento de confrontarse esta mujer con su propia maternidad, a la hora de alimentar a su hijo. Qué queda conmovido en términos de la identificación a su madre, o sea, aquello que le reprocha no haber recibido es lo que no puede, vía el alimento, a su hijo dar.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA. EMMY VON N.: su tratamiento con Freud duro siete meses en 1888 y ocho meses al año siguiente debido a un “nuevo sacudimiento psíquico”; en Mayo de 1890 Freud la visita como huésped en su casa y finalmente en el verano de 1893 recibe unas líneas de Emmy pidiéndole permiso para que otro medico la hipnotizara pues “sus achaques habían vuelto y no podía venir a Viena”.

Finalizaba el segundo tratamiento y Emmy había recuperado su salud, cuando, en una visita que Freud le hace en el sanatorio da en enterarse que, diariamente Emmy tiraba su postre envuelto en papel, siendo recogido por los hijos del portero; y él observa además cuánto sobraba en los platos.

Interrogaba sobre su proceder, Emmy dice tener “la misma naturaleza que su difunto padre, quien igualmente había sido de poco comer”. Solo puede beber “líquidos densos” pues el agua mineral le estropea el estomago, así como comer mas de lo acostumbrado”: inequívoco sello de una elección nerviosa.

Freud mismo le efectuó un análisis de orina. Le prescribe un agua alcalina y le prohíbe tirar el postre. Pues si bien no se mostraba demasiado delgada, “me pareció que alguna sobrealimentación era deseable”. A lo que ella le responde: “lo haré porque usted me lo demanda, pero le anticipo que será para mal porque mi naturaleza lo rechaza, y mi padre era igual”.

Someterse a las indicaciones de Freud es para Emmy motivo de malhumor; dice haberse arruinado el estomago viéndose obligada a “guardar una dieta total durante cinco a ocho días antes que tolere algo”. A lo que Freud le dice: “no es necesario, sus dolores de estomago solo se deben a la angustia con que comió y bebió”.

Esclarecimiento inútil. La próxima hipótesis fracasa y Freud renuncia a ella. Es así que le impone un plazo de 24 horas para reflexionar hasta admitir su punto de vista; si para entonces aun pensaba que una comida ligera y agua pueden arruinar el estomago,

“le rogaría que partiese”. Al día siguiente, humilde y dócil, Emmy refiere sobre los dolores de estomago “creo que se deben a mi angustia, pero solo porque usted lo dice”.

¿Por qué no puede usted comer mas? Vuelve a preguntar Freud bajo hipnosis.

Su habitual “no sé” a secas dio paso esta vez a una serie de recuerdos cronológicamente ordenados en los cuales se asocian escenas de la mesa familiar con sensaciones de asco.

Siendo niña su madre la obligaba, bajo amenaza de castigo, a comer dos horas mas tarde la misma carne que había rechazado en el almuerzo; carne fría y con la grasa endurecida, que comía con asco y cuyo recuerdo esta hoy presente cada vez que se sienta a la mesa.

La “angustia atroz” de equivocarse con los cubiertos con los de su hermano y así contagiarse el “mal abominable” que este padecía. Pese a ello comía con el para que nadie advirtiese su enfermedad.

El hecho de que otro de sus hermanos, enfermo de sus pulmones y al cuidado de Emmy, acostumbrara a escupir mientras comían, por encima de los platos, en el salvadero siempre abierto sobre la mesa.

Esta exploración hipnótica dio lugar a una remisión sintomática “inmediata y duradera”.

En cuanto al estado psíquico de Emmy, Freud destaca dos aspectos: los afectos penosos de vivencias traumáticas permanecen sin tramitar; y una viva actividad mnémica evoca a la conciencia actual los traumas, pieza por pieza, junto con los afectos concomitantes.

Señala también que este caso “muestra un pequeño monto de conversión” y en su exposición trata separadamente los síntomas corporales de los síntomas psíquicos, incluyendo en estos: alteración del talante, fobias y abulias.

Respecto de las abulias (inhibiciones de la voluntad, incapacidades) que presenta Emmy indican que son de dos clases: la consecuencia de una fobia, o abulias basadas en “la existencia de asociaciones no deseadas, de tinte afectivo, que oponen resistencia al anudamiento de asociaciones nuevas, en particular las de índole inconciliable”. “El ejemplo mas patente de una abulia de este tipo nos lo ofrece la **anorexia de nuestra enferma**”.

Si come poco es porque no gusta de hacerlo en tanto el acto de comer actualiza en Emmy recuerdos de asco que conservan intacto su monto de afecto pues siempre debió sofocarlo en lugar de liberarse de él mediante reacción.

De acuerdo con su concepción de las parálisis histéricas, Freud toma la anorexia de Emmy como prueba de que ese mecanismo es el que opera en ciertas abulias, para concluir que “las abulias no son sino unas parálisis psíquicas muy especializadas”.

PARTE TEORICA: como ejemplo de la sobredeterminación del síntoma histérico, Breuer propone el caso de un muchacho de doce años que a raíz de un episodio de índole sexual comienza a sufrir dolores de cabeza, dificultades para tragar y produce “el fenómeno de la anorexia”, no quiere comer, vomita cuando lo obligan a alimentarse, anda fatigosamente y quiere permanecer en cama. Su estado físico ha decaído notoriamente.

Breuer menciona como antecedentes el haber sufrido de “pavor nocturno” y ser “hijo de un padre muy nervioso”; impresiona como un niño tímido y retraído, convenciéndose Breuer de que su estado tenía un fundamento psíquico.

En un primer interrogatorio dio como origen de su malestar “una tremenda reprimenda de su padre”, motivo éste de poco peso como para ser la causa real de su enfermedad, apunta Breuer.

Fue ante el regaño de su “perspicaz y enérgica madre” que, en estado de llanto, relato lo sucedido: en un baño público un hombre le pidió que tomara su pene en la boca, tras lo cual reacciono saliendo de la escena en forma despavorida, y a partir de ahí enfermo. Los padecimientos cedieron tras la confusión.

Breuer indica como los factores concurrentes para la producción de dichos síntomas la naturaleza nerviosa innata, el terror, la irrupción de lo sexual en su forma más brutal en el ánimo del niño y la representación del asco como factor determinante.

COMUNICACIÓN PRELIMINAR A LOS ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA.

SOBRE EL MECANISMO PSIQUICO DE FENOMENOS HISTERICOS: “vómitos y anorexia hasta llegar al rehusamiento de toda comida”, considerados como uno de los síntomas mas frecuentes en la histeria, se alienan juntos a otros tantos síntomas, reconducibles todos ellos al trauma psíquico ocasionador, o mejor aún, como se corrige Freud, “el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él”.

Vale decir, casos que explican de manera simple el surgimiento de ese síntoma y no otra, tal como lo vimos en el historial de Emmy Von N.

En otros casos, la determinación no es tan transparente, sino que “sólo consiste en una referencia simbólica entre ocasionamiento y el síntoma histérico”.

LA ETIOLOGIA DE LA HISTERIA: “vómitos” y “asco a los alimentos”, forman parte nuevamente de toda una serie de “fenómenos histéricos frecuentísimos” que Freud deriva ahora de las escenas sexuales infantiles.

Desde estas primeras referencias freudianas situaríamos la anorexia como un síntoma de frecuentísima ocurrencia en la histeria, ligado muchas veces a la sensación de asco y que reviste la cualidad de peligroso.

Como **síntoma histérico** entra en las generalidades de dicha afección que en esta época y hasta 1897 se sustenta en la etiología traumática como acontecimiento, como suceso acaecido, resultado de la perversión del seductor, después.

Etiología traumática que implica un excedente no tramitado vía la palabra en tanto se trata de vivencias que suscitan afectos penosos, los cuales han perdurado “incompletamente abreaccionados”. Cuando Freud menciona la acción como la reacción mas adecuada frente al trauma y el lenguaje como sustituto de aquella, dice del lenguaje: “con su auxilio el afecto puede ser casi igualmente abreaccionados”, señalando con ello ese resto inasimilable en las redes del lenguaje. Por lo demás Freud nos muestra el camino de la singularidad cuando respecto de la formación de síntomas mediante simbolización añade: “existe el propósito de expresar el estado psíquico mediante uno corporal para lo cual el uso lingüístico ofrece los puentes”.

Mecanismo particularmente valido para dolores y neuralgias, pero también a menudo comprobable en el caso de las zonas histerógenas.

Uso lingüístico y zonas histerógenas abren a otro recorrido posible en Freud en relación a la doble función de los órganos.

Sensación de asco, “sensación displacentera propia de la mucosa del tramo de entrada del aparato digestivo”, que una y otra vez aparece acompañando perturbaciones alimentarias. El asco intenso en Ana O., producto de un constante sentimiento de angustia que le estorba el comer, hasta llegar a la inanición. La imposibilidad de comer al mismo tiempo con asco y con placer claramente determinada en Emmy von R. La representación del asco como determinante de los síntomas del joven paciente Breuer.

En “Tres ensayos...” Freud concibe el asco junto con la vergüenza y la moral, los poderes anímicos que, constituidos durante el periodo de latencia, se presentaran mas tarde como “inhibiciones en el camino de la pulsión sexual”.

ANOREXIA –BULIMIA Y EL DISCURSO DEL CAPITALISTA

Lacan presenta el discurso del capitalista en “Del discurso Psicoanalítico”²³. Lo formaliza como sigue S

Lo que hay que evidenciar es la relación que se ha vuelto posible, entre el sujeto barrado y a, o sea, entre el sujeto dividido, el sujeto de la falta, y el objeto perdido, el objeto causa del deseo. Relación que para Lacan esta marcada por la imposibilidad en todas las otras formas de discurso, ya que no es posible que el sujeto de la falta en ser pueda obturar su vacío a través del objeto a, que es justamente el índice de este vacío imposible de colmar.

Pero en realidad el discurso del capitalista, para poder seguir funcionando, debe poder producir constantemente la falta, aunque la falta es aquí solo un producto anónimo, no subjetivado, que sirve exclusivamente para hacer mover este sistema de reciclaje continuo del goce que constituye la base lógica de este discurso. En este sentido, el discurso del capitalista, es efectivamente el discurso que anima cualquier sistema de consumo en cuanto tal. El rasgo estructuralmente maniaco de esta lógica consiste en cubrir la pérdida de la Cosa a través de la oferta ilimitada del objeto en forma de mercancía consumible, de objeto de consumo, de “bien” usufructuable. Es este rasgo maniaco, un verdadero “antidepresivo” social para el “dolor de existir” del sujeto, el fundamento del discurso capitalista. Pero la otra cara de la moneda es que ningún objeto debe ser verdaderamente satisfactorio, todo debe poder gastarse lo mas rápido posible para permitir que la maquina productiva lance continuamente nuevos objetos de consumo. Este quinto discurso da vueltas en torno a si mismo (“sobre ruedas”, precisa Lacan, con la intención de indicar su carácter verdaderamente maniaco, en constante movimiento, en el cual todo funciona a toda velocidad) en cuanto –a diferencia de los otros cuatro discursos- no produce en su interior ninguna imposibilidad. Todo se desarrolla, aparentemente, en modo simple; “todo –como escribe Lacan- se consume”.

Pero en realidad la falta –justamente porque es falta en ser del sujeto y no del objeto- no puede ser saturada con la oferta y el consumo ilimitado del objeto. Además, el gran engaño del discurso del capitalista es renovar la falta en el sujeto, que no es su falta en ser, sino solamente una parodia de ésta. La falta que el discurso del capitalista promueve es la falta del objeto y no la falta en ser. Es mas, la falta en ser como tal debe ser negada, debe ser absorbida en la falta del objeto, a la cual el poder del mercado, tarde o temprano, aportara su remedio farmacológico. De éste engaño de fondo, la espiral bulímica atracción-vomito-atracción ofrece una ilustración clínica precisa. El consumo desenfrenado y maniaco del objeto no ofrece al sujeto lo imposible de la Cosa sino solamente un débil subrogado.

Dentro del todo del objeto, el atracón encuentra la falsa plenitud del estomago. Engaño insoportable que la bulímica rechaza a través del vomito: no era de objeto que quería colmarse –no de alimento- sino de otra Cosa, de la Acosa, inconsumible, no comestible, puro fantasma de un goce imposible.

En el discurso del capitalista se verifica entonces una circulación “democrática” del goce, cuya condición es la inclinación a la supresión de la división del sujeto. El elemento que es necesario subrayar es la función del Otro social como oferta continua de satisfacción de necesidades. La anoréxica se revela, al menos en un sentido, a la lógica del consumo: no consume nada. Y desde este punto de vista pone entre la espada y la pared la idea postcapitalista de un colmamiento posible del deseo. la delgadez obstinada y exhibida es el signo de una falta que no se deja reciclar en el sistema de consumo.

²³ Lacan (1972). “*Del discurso psicoanalítico*”. La salamandra

Así la bulímica se somete aparentemente a la lógica del consume (consume todo) pero solo para mostrar su inconsistencia (todo es nada).

La subversión anoréxica de la lógica del consumo es solo aparente. La anoréxica dice “no” al consumo de la mercancía pero no puede operar una verdadera rotura. Es ella misma la que se propone como fetiche encarnado en la imagen narcisística del propio cuerpo. Así por un lado ella dice “no” a la lógica del consumo: rechaza la serialidad de los objetos, mantiene vivo el deseo mostrando su irreductibilidad a la demanda, revela la vanidad del objeto respecto a la falta en ser. Por el otro, es ella misma que se vuelve momia, que encarna el goce en la imagen fetichizada del propio cuerpo –flaco- o que lo obtiene viendo como se consume el goce de los otros (es sabido que una de las prácticas preferidas de las anoréxicas-bulímicas es justamente preparar la comida para los demás, observando luego su consumo, y quedando fuera de la escena).

En el fondo el deseo no tiene objeto; es una condición absoluta para el sujeto porque pivotea alrededor de una falta que ningún objeto, por principio, puede obturar.

Metodología

Tipo de Estudio

El estudio es documental, descriptivo, sincrónico.

Se trata de un estudio descriptivo de carácter documental que pretende, mediante el análisis crítico de una serie de fragmentos de reconocidos autores, en su mayoría contemporáneos, develar algunos mecanismos internos al discurso capitalista que operarían en el control, la manipulación y el borrado de las diferencias subjetivas.

La estrategia de abordaje de los datos, dada las particularidades de sus características será de tipo cualitativo.

Corpus

Para el presente estudio se selecciono un corpus integrado por un conjunto de 14 (catorce) textos.

Los textos serán considerados en su totalidad y fueron seleccionados ya que se considera que son sumamente representativos y totalmente adecuados y pertinente a los fines que persigue el presente estudio.

Los textos a utilizar serán los siguientes:

a) Para el eje consumismo:

-Cheresky, I. (1971). La sociedad de Consumo. Revista transformaciones, n° 18; Centro editor para América Latina.

-Karl, M. (1867). El Capital. Siglo XXI Editores

-Sartre, J.P. (1983) “Conversaciones con J.P Sartre”.

-Valiente, E. (1994). El Cuerpo y las Ciencias Sociales. Revista Pueblos y Fronteras Digital.

b) para el eje subjetividad (bulimia y anorexia)

-Freud, S. (1905) “Tres ensayos para una teoría sexual”. XXVI.

-Freud, S. (1914) Introducción al narcisismo. L XXXVII.

-Freud, S. (1930) Malestar en la cultura.

-Lacan, L. (1964) “Cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”. Seminario XI. Ediciones El cifrado.

-Lacan, J. (1959) “La ética del psicoanálisis”. Seminario VII.

-Lacan, J. (1958) “La significación del falo”. Escritos II.

-Lacan, J. (1966) “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. Escritos II-

-Lacan, J. (1972). “Del discurso psicoanalítico”. La salamandra.

-Recalcati, M. (1997) “La ultima cena: anorexia y bulimia”. Ediciones del Cifrado.

Procedimiento realizado para la selección del corpus

La bibliografía analizada es seleccionada como se indica más arriba por considerarla la más pertinente. Este criterio fue discutido a través del procedimiento “juicio de expertos”. Para llevarlo a cabo se consultaron dos psicoanalistas de reconocida trayectoria clínica y académica de la ciudad de Rosario.

Técnicas de Recolección de Datos

Análisis documental, mediante análisis de contenido y análisis de discurso.

Para la producción de los datos a analizar en el presente estudio, se recurrirá al análisis documental. El análisis de contenido permitirá determinar características generales de los textos y el análisis de discurso permitirá la deconstrucción/reconstrucción de las categorías centrales.

Los ejes sobre los que se analizarán los textos son:

- consumismo – capitalismo
- bulimia y la anorexia como las dos modalidades del padecimiento subjetivo como consecuencia del discurso de la época.

Análisis de los datos

Para esta investigación se utilizaron el análisis de dos variables: consumismo y subjetividad. A continuación se realizara una breve reseña de los textos en los cuales base mi análisis.

Tomaremos, en primer lugar, “**consumismo**”:

C. Isidoro (1971) *La sociedad de consumo*. Revista Transformaciones, n° 18, centro editor para America latina: el autor va a decir que el término sociedad de consumo alude a un tipo de realidad cuyos rasgos inmediatamente visibles son el gran incremento que se ha logrado en la producción de bienes materiales, consecuencia de la introducción frecuente de innovaciones tecnológicas. La creación de falsas necesidades y el adormecimiento de la conciencia crítica a través de la satisfacción de las necesidades económicas aparecerán como los mecanismos principales que oscurecen a sus miembros lo que significa la sociedad de consumo, como sociedad capitalista que mantiene el régimen de trabajo asalariado (lo que equivale decir también trabajo compulsivo y jornada prolongada) en contradicción con lo que el uso pleno de las fuerzas productivas posible en un régimen socializado podría ofrecer: reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario a favor del uso del tiempo libre, que se convertiría en ampliamente predominante, como centro de una actividad creadora y desalienada. No son las necesidades de los hombres las que determinan la producción sino que “una producción determinada, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinado.

En este sentido podemos decir que al producir un objeto se produce una forma de consumirlo. La producción provoca en el consumidor la necesidad de productos que ha lanzado a la circulación: en cierto modo crea necesidades. La imposición de necesidades a través de los mecanismos de publicidad que crean poderosas normas de recompensa y sanción social, nos llevan a comprobar que parte de ellas son falsas necesidades, entendiendo por tales las que conspiran contra la liberación y plena realización de los hombres.

Valiente, E. (1994). *El Cuerpo y las Ciencias Sociales*. Revista Pueblos y Fronteras Digital: para el filósofo Enrique Valiente Noailles, estamos en lo que denominó la era del vacío. El consumo es el epicentro de toda actividad de la humanidad contemporánea. El consumo sólo acentúa la percepción de lo que falta. Por tanto, hace más frenética la búsqueda de un sustituto. El consumo es la herramienta que hemos diseñado para intentar escapar a la fosa común de la ausencia de un sentido.

Marx K. (1867). *El Capital*. Siglo XXI Editores: El sistema capitalista de producción, del cual las “sociedades de consumo” serian su forma mas desarrollada y distorsionada, tiene como condición constitutiva la “separación del trabajador de sus condiciones naturales de trabajo”; es el primer modo de producción donde los productores son escindidos de los medios de producción ya que no solo no tienen su propiedad sino tampoco su uso (posesión). La gran masa de desposeídos de los medios de producción, que a la vez que gozan de libertad personal, se ven obligados a vender su propia capacidad de trabajo en el mercado con lo que procuran asegurar su subsistencia.

En el sistema capitalista la propia estructura productiva y de distribución supone como apariencia que el salario retribuye el trabajo, es decir que equivale a los productos elaborados por el trabajador en su jornada de trabajo. Esto es así porque desde el punto de vista de las leyes de funcionamiento del mercado capitalista, la fuerza de trabajo (la realización de trabajo durante un lapso determinado) se intercambia por su valor como

cualquier otra mercancía. El valor de la fuerza de trabajo es entonces el equivalente del valor de las mercancías que el trabajador debe consumir para subsistir, y en este sentido el intercambio (expresado en el contrato de trabajo) es de equivalentes. Sin embargo, desde el punto de vista de la producción, el salario representa solo una porción de la riqueza producida por el trabajador, siendo el resto, el excedente o la plusvalía, apropiado por el propietario del capital.

Es aquí donde reside la característica esencial del capitalismo como sistema explotador. La posibilidad de suprimir la explotación no reside entonces en reivindicar una retribución mayor para la fuerza de trabajo (reclamos salariales), pues el sistema siempre garantizara una porción de trabajo no pago.

Marx no dice: "Una sociedad capitalista exige una cultura basada en imágenes. Debe proporcionar diversiones, distracciones, para fomentar el consumo y adormecer el dolor causado por el hecho de pertenecer a cierta clase, raza o sexo. A través de dichas imágenes también se proporciona una ideología dominante. La disminución de libertad de opción política se traduce en un aumento de libertad de consumo, esto exige producción ilimitada y consumo de imágenes".

"La utilidad de un objeto lo convierte en valor de uso", este carácter del objeto esta dado por las cualidades materiales del mismo, las cuales no dependen del trabajo que este implícito y sirven para un conocimiento más real del objeto. Para Marx este carácter de la mercancía es el sustento o la base de lo que será una segunda característica de la misma, que es su valor de cambio. Esta segunda característica va a ser tomada en principio como el intercambio de valores de uso distinto, medido en forma cuantitativa y a los cuales se les asignará ciertas magnitudes como gramos, docenas, etc. Ahora el acento esta sobre el valor de cambio, no solo en el sentido tradicional, como medida de trabajo acumulado que permite su equivalencia en dinero, sino por la aceleración de la operación compra-venta de la mercancía, mostrando una voracidad insaciable que todo lo consume, que empuja a cambiar por lo nuevo, mientras el valor de uso cae bajo el signo de lo viejo sin importar la utilidad que aun posee por si mismo.

Para la segunda variable, "subjetividad", tomaremos anorexia y bulimia como dos posiciones subjetivas:

Recalcati M (1997) "La ultima cena: anorexia y bulimia". Ediciones del Cifrado: este autor sigue los cambios de la subjetividad de nuestra época; la clínica freudiana era "una clínica del padre", con sus temáticas de la ley, la prohibición, el deseo y la represión. Mientras la clínica contemporánea es más bien "una clínica del Otro materno": se trata de la sustancia, es decir, la Cosa, del goce del cual hay siempre "demasiado: o "demasiado poco de sustancia", anorexia o "demasiada sustancia". El autor se ocupa precisamente del sujeto, del sujeto del inconsciente, por mas que se disfrace con las mascararas de las nuevas formas del síntoma, por mas que el discurso del capitalista pretenda cancelarlo. Así Recalcati toma la enseñanza de Lacan y la aplica al territorio inexplorado de la anorexia-bulimia, con resultados sorprendentes. Decía Lacan en 1955: "mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época"...

Goldman, B. (1996) "Anorexia y bulimia, padeceres del fin de siglo". Estudio psicoanalítico: al respecto la autora nos dice que no nos alcanza pensar que bulimia y anorexia se deba a "que se copian, que quieren tener cuerpos de modelo", según el decir popular, sino que incluso, que queriendo tener todos cuerpos iguales, se debe a que un Amo llamado mercado de consumo intenta masificar el goce, borrar las diferencias y el paso del tiempo. Anorexia como explicación de uso corriente solo se la piensa como

falta de apetito, olvidando su otra acepción que sería falta de deseo, de reconocimiento del propio, no solo el de estar alienado al del Otro. Son los síntomas histéricos los que cambian según la época, ya que como lazo social se dirigen no solo a un analista sino también a otro, un Amo especialmente al médico. Hoy la ciencia ha variado, por ende el discurso histérico también. Cuando el Amo de turno cambia, la histeria, en su demanda cambia también. Las histéricas de Freud y las de hoy no hablan, vía el síntoma, de la misma manera. La histeria de hoy se coloca preferentemente como desecho del discurso de la ciencia, siendo su posición bulímica una muestra de ello. Es la pasión por el todo, la perfección total, el no margen a lo que no se sabe.

Freud, S. (1930) Malestar en la cultura: Freud considera necesario abordar la esencia de la cultura cuyo valor de felicidad se pone en entredicho. Señala que cultura designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de las de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. Para comprender más buscará los rasgos de la cultura tal y como se presentan en las comunidades humanas. Para ello reconoce como “culturales” todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.

Lacan, J. (1964) “Cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”. Seminario XI. Ediciones El cifrado: en este texto Lacan va a destacar que el destino del sujeto es el de ser subordinado a las leyes del Otro, a las leyes del lenguaje. El mundo humano no es reductible al campo biológico-natural del instinto. El mundo humano no tiene nada de natural. Es en cambio el producto de un trabajo: aquel que el significante promueve imprimiendo en las cosas humanas el sello, la marca del Otro. Esto significa que ya antes de nacer, un cuerpo está habitado, signado, marcado por el lenguaje. Es lo que Lacan llama alineación significante, por la cual el sujeto debe pasar en su entrada al campo del Otro y que tiene como efecto fundamental el ofrecer al sujeto mismo una inscripción simbólica, pero solo a cambio de una pérdida del ser, de una pérdida de goce.

Freud, S. (1905) “Tres ensayos para una teoría sexual”. XXVI: en este texto Freud define a la pulsión como una perversión del instinto biológico animal. Uno de los rasgos específicos que la distinguen respecto al instinto es la existencia en el montaje pulsional, de dos satisfacciones distintas. La satisfacción pulsional no coincide con la satisfacción de la necesidad natural porque la pulsión no es una fuerza, un dato natural, sino que se encuentra entrelazada desde el origen con el Otro. La pulsión no demanda la satisfacción de la necesidad sino otra satisfacción: no simplemente la necesidad de comer, sino la satisfacción libidinosa de la oralidad (de la demanda oral) como zona erógena investida de la acción pulsional.

La insistencia de Freud sobre la naturaleza sexual de la pulsión entendía remarcar la especificidad de la posición humana respecto a la instintiva-animal.

Lacan J. (1959) “La ética del psicoanálisis”. Seminario VII: Lacan siguiendo a Freud va a hablar del “el goce de la Cosa”, ese goce que está prohibido al ser humano porque a causa de la acción del lenguaje tendrá que relacionarse no con la Cosa en sí misma, sino con objetos subrogados, sustitutivos de aquel goce absoluto perdido para siempre que la Cosa evoca. En éste sentido Lacan advierte sobre la necesidad de no confundir la pulsión con el objeto sobre el cual debería investirse, porque éste objeto “de hecho no es otra cosa que la presencia de una cavidad, de un vacío que será ocupado por cualquier objeto y cuya instancia conocemos en la forma del objeto perdido “a”.

Lacan, J. (1958) “La significación del falo”. Escritos II: Lacan va decir que el sujeto no es un conjunto de necesidades primordiales sino que es fundamentalmente deseo de ser deseado, “deseo del Otro”. Donde deseo del Otro indica deseo no de alguna cosa, no de cosas, sino deseo de deseo, deseo de ser lo que puede faltarle al Otro, lo que puede cavar una falta en el Otro. Si las necesidades naturales están necesariamente obligadas a pasar por la vía estrecha de la demanda dirigida al Otro, la dimensión del deseo se excava, como escribe Lacan, “más aquí y más allá de la demanda”. Mas aquí porque toca el plano de la falta-en-ser que habita al sujeto en cuanto subordinado al campo del lenguaje.

Freud, S (1914) Introducción al narcisismo. L XXXVII: en éste texto encontramos una definición absolutamente inaudita del yo. Freud lo define como un “reservorio de libido”, de goce: sobre el convergen cargas libidinosas convirtiéndolo en una suerte de reserva permanente. Freud teoriza que el sujeto humano construye sus primeras identificaciones sobre dos objetos fundamentales, el primer objeto es el propio cuerpo, la imagen del propio cuerpo, mientras el segundo está construido por el Otro materno. Por eso para Freud el yo es el primer objeto de inversión narsisitica, de inversión libidinosa. Entonces la libido es esencialmente narsisitica porque se deposita originalmente en el yo, el yo es estructuralmente narcisistico.

Lacan, J. (1972). “Del discurso psicoanalítico”. La salamandra : según Lacan en el discurso del capitalista se verifica una circulación “democrática” del goce, cuya condición es la inclinación a la supresión de la división del sujeto. El elemento que es necesario subrayar es la función del Otro social como oferta continua de satisfacción de necesidades. La anoréxica se revela, al menos en un sentido, a la lógica del consumo: no consume nada. Y desde este punto de vista pone entre la espada y la pared la idea postcapitalista de un colmamiento posible del deseo. La delgadez obstinada y exhibida es el signo de una falta que no se deja reciclar en el sistema de consumo.

Así la bulímica se somete aparentemente a la lógica del consume (consume todo) pero solo para mostrar su inconsistencia (todo es nada).

La subversión anoréxica de la lógica del consumo es solo aparente. La anoréxica dice “no” al consumo de la mercancía pero no puede operar una verdadera rotura. Es ella misma la que se propone como fetiche encarnado en la imagen narsisitica del propio cuerpo. Así por un lado ella dice “no” a la lógica del consumo: rechaza la serialidad de los objetos, mantiene vivo el deseo mostrando su irreductibilidad a la demanda, revela la vanidad del objeto respecto a la falta en ser. Por el otro, es ella misma que se vuelve momia, que encarna el goce en la imagen fetichizada del propio cuerpo –flaco- o que lo obtiene viendo como se consume el goce de los otros (es sabido que una de las practicas preferidas de las anoréxicas-bulímicas es justamente preparar la comida para los demás, observando luego su consumo, y quedando fuera de la escena.

En el fondo el deseo no tiene objeto; es una condición absoluta para el sujeto porque pivotea alrededor de una falta que ningún objeto, por principio, puede obturar.

REFLEXIONES

El interrogante que abre este trabajo es: “¿se evidencia la misma lógica en los discursos del capitalismo y de las posiciones subjetivas bulimia – anorexia?”

El primer objetivo se planteó: “Analizar e inferir cómo el sujeto es afectado en su subjetividad a raíz de las demandas y presiones consumistas del mercado capitalista”. Al respecto los documentos consultados muestran que el término sociedad de consumo alude a un tipo de realidad cuyos rasgos inmediatamente visibles son el gran incremento que se ha logrado en la producción de bienes materiales, consecuencia de la introducción frecuente de innovaciones tecnológicas. La creación de falsas necesidades y el adormecimiento de la conciencia crítica a través de la satisfacción de las necesidades económicas aparecerán como los mecanismos principales que oscurecen a sus miembros lo que significa la sociedad de consumo, como sociedad capitalista que mantiene el régimen de trabajo asalariado (lo que equivale decir también trabajo compulsivo y jornada prolongada) en contradicción con lo que el uso pleno de las fuerzas productivas posible en un régimen socializado podría ofrecer: reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario a favor del uso del tiempo libre, que se convertiría en ampliamente predominante, como centro de una actividad creadora y desalienada. No son las necesidades de los hombres las que determinan la producción sino que “una producción determinada, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinado.

El segundo objetivo se orienta a ‘Caracterizar la bulimia y la anorexia como las dos modalidades del padecimiento subjetivo como consecuencia del discurso de la época’. En este sentido, no nos alcanza pensar que bulimia y anorexia se deba a “que se copian, que quieren tener cuerpos de modelo”, según el decir popular, sino que incluso, que queriendo tener todos cuerpos iguales, se debe a que un Amo llamado mercado de consumo intenta masificar el goce, borrar las diferencias y el paso del tiempo. Anorexia como explicación de uso corriente solo se la piensa como falta de apetito, olvidando su otra acepción que sería falta de deseo, de reconocimiento del propio, no solo el de estar alienado al del Otro. Son los síntomas histéricos los que cambian según la época, ya que como lazo social se dirigen no solo a un analista sino también a otro, un Amo especialmente al médico. Hoy la ciencia ha variado, por ende el discurso histérico también. Cuando el Amo de turno cambia, la histeria, en su demanda cambia también. Las histéricas de Freud y las de hoy no hablan, vía el síntoma, de la misma manera. La histeria de hoy se coloca preferentemente como desecho del discurso de la ciencia, siendo su posición bulímica una muestra de ello. Es la pasión por el todo, la perfección total, el no margen a lo que no se sabe.

Este trabajo tiene como debilidad que la selección de los textos fue realizada a criterio de la autora del presente trabajo, realizando solo dos consultas a expertos que fueron seleccionados por disponibilidad. Sin embargo, es de destacar la creatividad en el enlace de las lógicas del capitalismo y la lógica de las posiciones subjetivas, bulimia-anorexia.

EL HOMBRE CONSUMIDO

En las paginas precedentes se articuló la relación entre lógica del discurso histórico-universal (la sociedad capitalista) del hombre actual, donde se investigo y analizo el secreto de su mecanismo, y la lógica del discurso de la singularidad anoréxico-bulímica, que no se puede reducir, evidentemente, a un mero epifenómeno de la primera, aunque no se puede pensarla sin considerar su articulación causal con la lógica histórico universal y sus conformaciones mas actuales:

Como se desprende del análisis de las dos posiciones subjetivas, anorexia y bulimia, la lógica que está en la base de estos padecimientos es también la de un Otro estragante. Por eso podemos establecer un paralelismo, desde el psicoanálisis, de la anorexia-bulimia y el discurso del capitalista.

El discurso del capitalista, conceptualizado así por Lacan, es, como vimos, el discurso que gobierna la actualidad de las sociedades llamadas del “bienestar”. Su rasgo distintivo, para tratar de llegar rápidamente al quid de la cuestión, es la supresión de la dimensión de la falta. No hay en efecto en este discurso, en esta forma histórica del lazo social, objeto perdido, sino reciclaje constante del goce en un sistema aparentemente sin perdida.

Para concluir, podemos decir, que este discurso que nos gobierna no es sin consecuencias para el sujeto (mas allá de las posiciones subjetivas anorexia-bulimia), ya que hay un imperativo que demanda siempre lo nuevo, en tanto lo obsoleto nos pisa inmediatamente los talones. Lo efímero y lo perecedero tocan al sujeto inquietándolo cada vez más y llega a experimentarse así mismo como desecho.

Dada la globalización del mercado todo pasa a la categoría de objeto y el sujeto mismo se borra, haciéndose también él objeto desechado, consumido, de allí la imperiosa búsqueda de la juventud. Y pareciera que en esta era postmoderna, todos “los objetos” de estos Amos deben ser iguales: jóvenes, flacos, sin que se den a ver los signos del paso del tiempo, en cuyo auxilio acuden prestamente la medicina y la cirugía cosmetologica. No hay espacio para los sueños y los deseos, no hay lugar para la diferencia. Llegamos al punto de amar el servilismo, de amar y someternos a un Amo feroz.

La disponibilidad ilimitada del objeto, garantizada por la globalización del mercado y por su extrema tecnologización, parece efectivamente saturar la falta; pero la falta, saturada solo provisoriamente, en realidad no puede hacer otra cosa que reproducirse constantemente; porque como sabemos, la falta del sujeto es una falta en ser que no puede, por estructura, ser colmada por un objeto. Por lo tanto, todo el vano esfuerzo del discurso del capitalista consiste en el intento de obturar la falta a través de la oferta maniaca del objeto y el mito de su consumo posible.

Desde el sostenimiento de la ética del Psicoanálisis que apunta precisamente a lo particular de cada uno, donde el deseo no es universalizable, debemos bregar para que el sujeto pueda despertarse y encontrar un lugar para el enigma y la sorpresa, incorporando la castración como una condición inexorable que hace a lo humano en su condición de ser. Y también donde la bulimia y la anorexia puedan ser escuchadas y atendidas cual una clínica digna a la condición humana, ya que del goce en su máxima y desesperada expresión se trata.

BIBLIOGRAFIA

- Cheresky, I. (1971). *La sociedad de Consumo*. Revista transformaciones, n° 18; Centro editor para América Latina.
- Freud, S. (1930) *Malestar en la cultura*.
- Freud, S. (1905) “*Tres ensayos para una teoría sexual*”. XXVI.
- Freud, S (1914) *Introducción al narcisismo*. L XXXVII.
- Goldman, B. (1996) “Anorexia y bulimia, padeceres del fin de siglo”. Estudio psicoanalítico.
- Karl, M. (1867). *El Capital*. Siglo XXI Editores
- Lacan, J. (1964) “*Cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*”. Seminario XI. Ediciones El cifrado.
- Lacan J. (1959) “*La ética del psicoanálisis*”. Seminario VII.
- Lacan, J. (1958) “*La significación del falo*”. Escritos II.
- Lacan, J. (1966) “*De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. Escritos II-
- Lacan, J. (1972). “*Del discurso psicoanalítico*”. La salamandra.
- Recalcati, M (1997) “*La ultima cena: anorexia y bulimia*”. Ediciones del Cifrado.
- Sartre, J.P. (1983) “*Conversaciones con J.P Sartre*”.
- Valiente, E. (1994). *El Cuerpo y las Ciencias Sociales*. Revista Pueblos y Fronteras Digital.